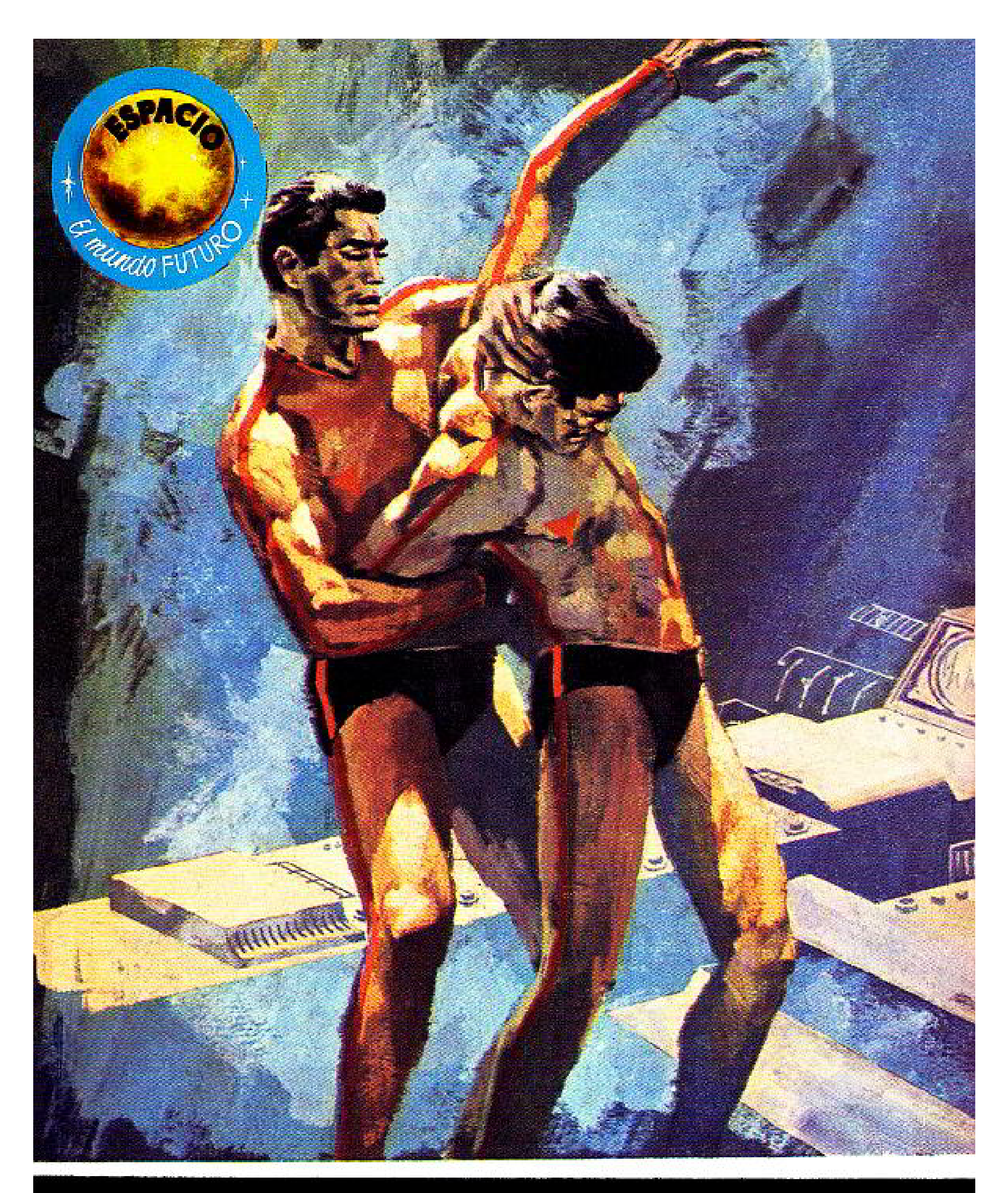


SINUSOIDE DE HORROR

LAW SPACE

La sirena aulló.

Al abrirse las compuertas de acero, los hombres, impecablemente formados, salieron de las entrañas de las gigantescas fábricas, de las imponentes manufacturas, de las colosales empresas que cubrían la parte de la Tierra destinada a la Producción.

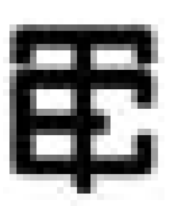
Era el turno número tres.



Law Space

Sinusoide de horror

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 323



ePub r1.0
LDS 09.01.19

Título original: *Sinusoide de horror*
Law Space, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




SINUSOIDE de
HORROR

CAPÍTULO PRIMERO



a sirena aulló.

Al abrirse las compuertas de acero, los hombres, impecablemente formados, salieron de las entrañas de las gigantescas fábricas, de las imponentes manufacturas, de las colosales empresas que cubrían la parte de la Tierra destinada a la Producción.

Era el turno número tres.

Cientos de miles de humanos, igualmente uniformados, hasta el punto que las diferencias de sexo no eran particularmente aparentes, marcharon, impecables, por las rampas metálicas que iban a conducirlos a los «nemáforos», para dejar después que se alimentasen y descansasen las horas precisas, hasta que el nuevo turno les llamara al trabajo.

La masa humana avanzaba rítmicamente, como en un desfile.

Si era casi imposible distinguir en ellos cuáles eran hombres y cuáles pertenecían al sexo femenino, más difícil hubiese sido

señalar la edad. Estaban fuera del tiempo, y no eran más que abstracciones: meras figuras de carne y hueso, obedientes, sumisas, con esa paciencia infinita que proporciona la falta de espíritu personal.

Cuando llegaron cerca de las vías de distribución para los «nemáforos», dejaron de andar y fueron entonces los «pasillos movientes», aquellas cintas sin fin que rodaban en completo silencio, los que los llevaron, inmóviles como estatuas, clasificándoles para los futuros trabajos que para ellos había dispuesto el «Planificador General».

¡Perfecto!

Ni un solo engranaje parecía fallar; todo discurría dentro de un orden armónico, supremo, como si los hombres y las mujeres que ahora se deslizaban por los pasillos movedizos no fuesen más que meras «presencias».

¿Acaso no lo eran?

Encerrados en el paréntesis de una técnica perfecta, no había espacio ni gesto que no hubiera sido previsto: todo calculado, medido, exacto, preciso… ¡humanamente intolerable!

De todos modos, hablar de «humanidad» hubiese sido casi una afrenta para aquel reino de la perfección del mecanismo. Un insulto hacia el Planificador General.

Casi una blasfemia.

Los «nemáforos» estaban situados en grandes salas desnudas y hubiesen podido ser comparados a «cuartos de ducha» colectivos. Los seres que ahora iban penetrando en ellos saltaban ágilmente de los pasillos movedizos e iban a colocarse bajo aquellas extrañas duchas, especie de cascos metálicos que pendían del techo, colgados de un cable de la misma naturaleza.

Cuando el hombre o la mujer, ¿qué importaba el sexo?, se había colocado debajo, los cascos descendían lentamente hasta aplicarse sobre la cabeza del humano, de una forma parecida a esos monstruosos secadores que se ven en los salones de peluquerías para señoras.

Acopiado el casco, una fuerte corriente penetraba en el cerebro del humano, grabando en su memoria los actos que debía realizar cuando su turno de trabajo llegase.

Muy ingenioso.

Porque aquellos deshumanizados aparatos no proporcionaban nada más que las consignas laborales, los detalles que la impresión cerebral convertía casi en actos reflejos, en los que la personalidad apenas intervenía.

¿Robots?

¡No!

El hombre había intentado en verdad servirse de máquinas cada vez más perfectas y completas; pero finalmente tuvo que percatarse —¿lo hizo verdaderamente él?— de que nada hay mejor que esa maravillosa máquina humana, y que nunca, por mucho que avance la técnica, se conseguirá imitar un material tan apto para todo y, al mismo tiempo…, ¡tan barato!

La perfección mecánica imperaba, sin embargo, en aquellos vagos esbozos de seres humanos: una perfección de la que hubiera podido vanagloriarse el Planificador General, si hubiera sido humano.

Sin embargo, hay cosas que absolutamente nadie puede prever, ni siquiera la máquina más perfecta. Y esta historia no se hubiese escrito si aquel día, uno cualquiera de un siglo posterior al XX, no hubiera fallado un simple mecanismo, quizá por un voltaje repentino que subió o bajó caprichosamente, escapando a las severas leyes de una física que había adquirido categoría casi divina.

Sería cansado hablar del minúsculo mecanismo que falló en la terminal de uno de los pasillos corredizos. Lo cierto es que, justo antes de la entrada de uno de los colosales «nemáforos», la cinta sin fin sufrió un súbito sobresalto y dos de los humanos, que hubiesen debido penetrar en la sala, fueron proyectados fuera del «camino que se movía».

Un automatismo adquirido durante años hizo que aquellas dos criaturas siguiesen andando, cuesta abajo, sin darse cuenta de lo que hacían. Así abandonaron el recinto de la gigantesca ciudad y prosiguieron su camino, esperando que algo habitual ocurriese de un momento a otro.

Pero nada ocurrió.

Los dos hombres se detuvieron poco después, se colocaron junto a dos viejos árboles, que seguramente no veían como tales, y esperaron allí, estúpidamente, que el «casco» al que estaban

habituados se colocase sobre su cabeza.

Fue necesario que permanecieran mucho tiempo allí y que su organismo reclamase alimentos para que despertaran, poco a poco, del estado de absoluta dependencia en el que estaban sumidos.

Eso ocurrió un día, en la Tierra, bajo el control del Planificador General, que no pudo prever la existencia de una pequeña avería de cortísima duración y que, sin embargo, fue rica en consecuencias.

* * *

Han pasado seis años.

En las montañas desde las que es posible contemplar la colosal ciudad, una especie de brillante mancha que se extiende hasta donde puede distinguirse el horizonte, viven dos hombres.

Solos.

Describir su evolución, pasando del estado neutro en que estuvieron sumidos durante veinte años, sería una tarea tan ardua como inútil. Poco a poco, sin embargo, han ido cobrando conciencia de sí mismos, y sus palabras y sus gestos han dejado de ser meros reflejos aprendidos para realizar un trabajo que ni siquiera llegaban a comprender.

Otro de los problemas sería dar nombre a estos personajes.

Porque nunca los tuvieron.

Jamás se les presentó la ocasión de dirigirse el uno al otro, de interpelarse o de hablar. Si la palabra volvió a ellos, fue quizá saliendo de lo más recóndito de su memoria, de aquellos momentos en que tanto habían jugado y gritado en los fabulosos lugares de su infancia, que apenas podían recordar con alguna precisión.

Pero hay que darles nombres.

A uno de ellos, al más viejo, le llamaremos John, así, a secas. Es alto, fornido, tiene los cabellos negros y no ha debido de cumplir aún los treinta años.

El otro tiene apenas veintitrés.

Es más alto que John, aunque menos fornido. Sin embargo, posee agilidad y su cuerpo hubiera dado envidia a cualquier atleta de tiempos pasados. Posee unos hermosos ojos azules, una piel morena y unos cabellos que, según de donde venga la luz que los ilumina, son rojizos o dorados, con reflejos que a veces toman

curiosos tonos cobrizos. Le llamaremos Harry.

Tampoco importa saber dónde nacieron y, mucho menos, dónde vivieron. El nombre de aquella fabulosa ciudad que pueden ver desde las colmas cubiertas de árboles no merece mención alguna. Era, simplemente, *la Ciudad*.

Lo que interesa saber es que, durante los seis años que han transcurrido, su maravillosa naturaleza humana ha despertado casi definitivamente. Ya no son aquellos pobres autómatas que siguen circulando, por cientos de miles, sobre los caminos que se mueven.

Se han convertido en *hombres*.

Las consecuencias de su mutación, si así se puede llamar, van a ser imprevisibles. Ni ellos mismos se dan cuenta todavía. Porque desconocen el mundo al que acaban de despertar como seres racionales y les falta muchísimo para percatarse de la misión que el destino ha puesto en sus manos.

* * *

John se pasó la mano por los cabellos.

Acababa de cazar una pequeña liebre y la estaba asando. Mientras, Harry le miraba, con los ojos entornados, pero en realidad muy lejos de su amigo, hundido en profundas reflexiones.

Por fin habló:

—Hace un agradable calor allí dentro —dijo.

John levantó la noble cabeza y sus ojos oscuros miraron con curiosidad a su compañero.

—¿Es que tienes frío? —le preguntó.

—Un poco. El tiempo cambia; estamos entrando en el invierno.

—Y ¿crees que allí estaremos bien?

—Sí. Sobre todo durante las noches.

John movió la liebre para que el animal se tostase uniformemente.

—Iremos esta noche.

—Es una excelente idea, John.

—Es posible. Pero ¿quién puede estar seguro de que no pertenezca a la ciudad?

—No lo creo. Parece abandonada, aunque brillante y limpia.

—¿Cómo pudiste encontrar la entrada?

—Pura casualidad. Toqué la superficie de la esfera y debí tropezar con el mecanismo que la abre.

—Bien.

No volvió a hacer ninguna otra pregunta.

Cuando el roedor estuvo asado, John lo partió en dos trozos casi iguales y ambos hombres se pusieron a comer, degustando aquella sabrosa carne, ya que generalmente debían limitarse a satisfacer su apetito con las bayas que encontraban en el bosque o con animales mucho menos agradables que aquél.

Al terminar la comida, los dos hombres sintieron que el viento que pasaba entre los árboles era frío y a veces parecía cortante como la hoja de un afilado cuchillo.

Harry miró a John.

—¿Y si fuésemos ya? —preguntó.

—Está bien. Vamos.

Abandonaron el lugar y Harry se puso delante, para guiar a su compañero. Él había sido quien descubriera aquella singular esfera en una de sus correrías por el bosque.

Al principio, huyó de ella, porque todo lo que poseía una calidad metálica le daba miedo. A pesar de que los recuerdos de la ciudad eran muy débiles y parecían haber desaparecido con la venida de la personalidad, una especie de instinto hacía que tanto John como Harry temiesen las cosas que ofrecían una «apariencia mecánica».

Era como si su cerebro, en las capas más ignotas, supiese que todo aquello que estaba bajo el poder de la técnica representaba un evidente peligro para los dos hombres recientemente liberados.

Pero la curiosidad pudo más.

Y así, poco a poco, venciendo el miedo, Harry se fue acercando a la esfera, hasta que se atrevió a tocarla por vez primera. No ocurrió nada en aquella ocasión y, en las veces sucesivas en que fue a verla, su confianza aumentó de manera considerable, hasta que, por puro azar, tocó el mecanismo que abría la puerta.

Tampoco entonces se atrevió a entrar.

Lo hizo un par de semanas más tarde, sin decir nada a John. Y cuando se encontró en el interior y descubrió aquellos amplios sillones y sintió la agradable temperatura que reinaba allí dentro, pensó por vez primera que era muy posible que allí no pasasen el frío que habían tenido que sufrir durante cinco larguísimos

inviernos.

—¿Está muy lejos?

—No. Estamos llegando.

Penetraron en un pequeño desfiladero que, al final, se abría en un amplio claro del bosque.

Allí estaba la esfera.

John se detuvo para examinarla detenidamente, pero sin acercarse demasiado. Su instinto antitécnico estaba funcionando como lo hizo el de Harry la primera vez que la vio.

Pero su compañero estaba acostumbrado a verla y sonrió, avanzando hacia ella.

—Ven —dijo a John—. No temas…

El otro le siguió.

—La puerta está cerrada —dijo.

—Sí. La cerré yo.

—¿Por qué?

—No sabía si ibas a decidirte, pero tampoco quería que alguna alimaña del bosque penetrase dentro. ¡Está todo tan perfecto!

Aproximóse a la esfera y sus dedos buscaron el botón, que encontró muy pronto. Cuando lo pulsó, se oyó un débil y apagado susurro y, poco después, una parte de la esfera giraba hasta ocultarse en un espacio, dejando, entre los dos hombres, una amplia cavidad abierta.

John tenía el rostro sombrío.

—No me gusta nada todo esto —musitó.

—¡Vamos! —le instó su compañero—. No temas nada, John. Te he dicho ya que he penetrado una buena docena de veces en el interior. ¡Y no hay nadie, te lo aseguro!

—Está bien, pero entra tú primero.

—Como quieras.

Harry penetró familiarmente en el interior de la esfera, desapareciendo de la vista del otro.

Salió al poco tiempo, sonriente.

—¿Te convences ahora? —preguntó.

John no estaba demasiado seguro, pero dijo:

—¿Es que no notas una especie de aprensión desde que nos hemos acercado aquí?

—Sí.

—Y ¿qué explicación le podemos dar a esto?

—Nuestro propio temor a lo desconocido. Debimos pasar muy malos momentos «antes».

Aquellas palabras expresaban generalmente algo que ni uno ni otro acertaban a explicarse del todo.

—¿Vienes? —le animó Harry—. Verás qué temperatura más agradable hace aquí dentro.

John, quizá temeroso de que su amigo le tomase por un cobarde, penetró en la esfera, yendo directamente a una especie de salón, de paredes curvadas, en cuyo centro había dos espléndidos sillones parecidos a los utilizados por los dentistas.

—¿Sé está bien aquí, John?

—Sí. Es muy agradable.

—Pasaremos las noches en este lugar, a salvo del frío. Y tendremos, además, muchas comodidades.

Diciendo aquello, se sentó en uno de los sillones.

—¡Fantástico! —exclamó.

Imitándolo, John ocupó el otro sillón y sonrió beatíficamente al experimentar aquella sensación de bienestar.

—Me gusta —musitó, cerrando los ojos.

Un sopor creciente se apoderó de ellos.

Venciéndolo, Harry consiguió levantarse y, sin hacer ruido, intentó cerrar la puerta para que ningún animal del bosque penetrase allí mientras descansaban.

No le costó mucho encontrar el botón que hizo cerrar la pesada puerta desde dentro.

Luego regresó al minúsculo salón y, tras echar una ojeada a su compañero y sonreír al ver que ya estaba adormecido, se dejó caer nuevamente sobre su mullido sillón, recostó la cabeza sobre la blanda superficie y entornó los ojos.

Le pareció como si se deslizase muy suavemente por una superficie lisa, con la que apenas tenía contacto alguno.

Como si flotase en un mar de nubes.

CAPÍTULO II


l profesor Werner examino, detenidamente el trazado del encefalograma.

Luego sonrió.

Era un hombre bajito, macizo, con un cráneo clásicamente teutón. La frente era amplia y se prolongaba hacia la parte posterior de la cabeza, deteniéndose justamente, sin llegar a la categoría de calva, junto a unos cabellos dorados, enroscados en unas ondulaciones que daban al rostro del profesor un aire verdaderamente hermoso.

—¿Qué le parece? —le preguntó Alan Dessen, que estaba a su lado.

Dessen era delgado, alto, nervioso. Un tic le obligaba a guiñar casi constantemente el ojo izquierdo. Tenía un rostro pálido, macilento, casi enfermizo, orgulloso de contornos, con una nariz huesuda y en caballete, en la que montaban unas gafas de gruesos cristales.

—¡Estupendo! —exclamó el profesor, echando una nueva ojeada al encefalograma.

Se pasó la lengua por los resecos labios, mientras sus ojos adquirían un brillo especial.

—¿Cree usted, profesor —preguntó—, que podemos presentarle un proyecto serio?

Werner no contestó inmediatamente.

Siguió contemplando atentamente las bruscas curvas de aquel encefalograma. Luego lo comparó con otros que tenía sobre la mesa del despacho, Entretanto, su ayudante le miraba, esperando la respuesta que se había atrevido a formular.

Por último, Richard Werner lanzó un suspiro.

—Sí —repuso—. Creo que ya es hora de que le digamos que ya lo hemos conseguido.

Alan sonrió.

—¡Menuda sorpresa van a llevarse algunos de los que le rodean! ¿Recuerda cómo se reían de nosotros; es decir, de usted, cuando les presentó los proyectos?

—Son una banda de envidiosos. Pero no te preocupes. Vamos a gozar plenamente del triunfo, Dessen.

—Gracias, señor.

Hubo una pausa y, luego, Richard Werner, como si hablase consigo mismo, dijo, en voz baja:

—Cuando tuve que encargarme de su persona —y había un gran respeto cuando nombraba a aquel misterioso personaje—, también se rieron de mí. Desde los viejos y ridículos trabajos de Voronoff, no se había hecho absolutamente nada positivo. Sin embargo, él envejecía, lo hacía justamente cuando más le necesitaba la humanidad a la que quería imprimir el sello de su fabulosa victoria. Por eso no era posible dejar que su cerebro perdiese el vigor que tuvo siempre, que sus ideas dejaran de ser lo que fueron para todos los hombres.

»Al inclinarme sobre el problema del cáncer, en el que, como recordarás, estábamos trabajando por aquel entonces, ya hace cinco años de esto, me sorprendió la vitalidad de esas células cancerosas, que poseían la fuerza y la juventud de los tejidos embrionarios. Naturalmente, el peligro residía precisamente en aquella vitalidad, ya que invadía tejidos vecinos, alimentándose despóticamente de

células de elementos nobles, destruyendo el organismo, como esos animales que viven sobre los cadáveres de los demás.

»Pero, si no lo has olvidado, Alan, recordarás perfectamente lo que te dije respecto a esas células cancerosas. Hasta podría repetir las frases que pronuncié en aquellos momentos. Te hablé, manifestándote la idea de lo colosal que sería dar a todas las células del cuerpo una vitalidad, sino tan juvenil y devoradora como la de las células cancerosas, lo suficientemente fuerte para que las funciones vitales volviesen a ser lo que la edad les impedía ser.

Alan hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ésa fue su idea, en efecto, profesor.

—Sí, ya lo sé. El estudio de las sustancias cancerígenas me llevó a descubrir un año más tarde, como recordarás, un cuerpo que tenía la propiedad de producir lo que tú y yo llamamos por entonces «un cáncer no evolutivo». Aquella milagrosa sustancia rejuvenecía las células, haciéndolas casi cancerosas, pero solamente casi.

—Es verdad.

—Los ensayos en animales nos demostraron rápidamente los límites de las dosis que debíamos proporcionar. Pero nos maravillamos al ver que animales viejos, que rozaban ya casi la muerte, cobraban el impulso febril de sus mejores tiempos y eran capaces de reproducirse, de reaccionar como elementos que tenían un tercio y hasta un cuarto de la vida que había transcurrido ya para ellos cuando entraron en el laboratorio.

—¡Fue maravilloso!

—Es cierto. Recordarás también, mi querido Alan, que, cuando le presentamos nuestro proyecto, surgieron sonrisas de desprecio de esa gentuza que nunca se separa de él. Claro que no me refiero a los grandes prohombres que tanto le habían ayudado en la victoria. Ésos merecieron el suero, igual que él, y ahora trabajan como lo hacían hace cuarenta años. Eran los otros, los envidiosos de siempre, los tiralevitas, los afectados y los aduladores.

—Los desprecio, profesor.

—Haces bien. Pero, volviendo a lo que estábamos hablando, cuando el «Führer» recibió las primeras inyecciones, hubo muchos, muchísimos, que vaticinaron un fracaso completo. Luego se sorprendieron al ver que nuestro querido jefe rejuvenecía, que la piel perdía aquellas arrugas que habían empezado a aumentar en

cantidad y en profundidad diez años después de la victoria. Y el mundo, nuestro mundo, el de los sabios, amigo Alan, respiró satisfecho. Sabiendo que su «Führer» podía vivir, en estado de maravillosa juventud, durante cincuenta años más, tuvieron la seguridad de que dejaría asentadas para siempre las bases de aquel nacionalsocialismo que ha prometido al mundo por una duración de mil años.

Se puso en pie y empezó a pasear nerviosamente por el laboratorio.

—El problema gigantesco no ha sido el de rejuvenecer al «Führer» y a sus colaboradores más inmediatos. Él se ha dado cuenta, con esa visión fina y clara que tiene de las cosas, de que los hombres no responderán nunca a sus llamadas, que todo lo que él ha levantado con tanto trabajo y esfuerzo se vendrá irremediablemente abajo, porque ni siquiera puede contar con los suyos, con los hombres de raza aria de los que siempre ha estado tan orgulloso.

—Es triste, pero cierto.

—Eso le hizo concebir una idea grandiosa, como todas las suyas. Cuando, después de la victoria, esterilizamos a millones de hombres, sobre todo en el Este, esa nueva extensión que hoy es nuestro mayor centro de trabajo, antes de la caída de los Estados Unidos e Inglaterra, donde también realizamos experimentos de gran importancia, nuestro «Führer» pensó haber conseguido una perfección completa y, al mismo tiempo, millones y millones de criaturas que trabajarían para la grandeza del nacionalsocialismo.

»Pero se equivocó.

»Porque la podredumbre no apareció en aquellos amplios espacios donde trabajaban, día y noche, los hombres a los que nosotros aplicamos ciertas técnicas quirúrgicas, sino que aparecieron aquí, en Alemania, donde nuevas corrientes del pensamiento se abrieron paso, horadando, los cimientos de la maravillosa construcción que había levantado nuestro “Führer”.

Hizo una nueva pausa.

—Por eso me llamó, Alan.

—Ya lo sé, señor.

—Me llamó para decirme que estaba asqueado, que los hombres olvidaban muy pronto los beneficios que había conseguido para

ellos y que justamente era su país donde aparecía el aire de revuelta, donde la molicie lo estropeaba todo, donde la gente no pensaba más que en prebendas y en altos cargos en zonas alejadas, donde convertirse en virreyes, en tiranos, en gentuza a la que sólo interesaba su propio y egoísta beneficio.

—Así es.

—Y así ha sido, mi querido Alan. Durante estos veinte años, desde la fecha inolvidable de la victoria, Alemania ha cambiado como si nuevos hombres la poblasen ahora. Los dolores de nuestro querido «Führer» han ido en aumento y su amargura ha crecido también en la misma medida. Pero, por fortuna, su cuerpo es joven, su cerebro trabaja con una agilidad jamás limitada, sus colaboradores inmediatos, grandes hombres del III Reich, a los que hemos aplicado el mismo tratamiento de rejuvenecimiento, trabajan incansablemente a su lado, llenos de entusiasmo, como en aquellos tiempos ya históricos de Munich, cuando nuestro supremo jefe vio, por primera vez, en visión providencial y fantástica, el proyecto gigantesco que ya germinaba en su portentoso cerebro.

Se acercó a los encefalogramas y señaló el que había estado estudiando antes.

—Ahora he conseguido este triunfo para él, Alan. Está tan asqueado de la humanidad que vamos a proporcionarle la alegría más grande, todavía mayor que la que le dimos cuando le presentamos el suero para el rejuvenecimiento.

—Se volverá loco de alegría, profesor.

—No te equivocas mucho, Alan. Ahora vamos a poner a su disposición un material sumiso, obediente, toda una humanidad a sus órdenes. Y si es verdad que el profesor Bruno Klaine ha conseguido perfeccionar esa maravillosa máquina electrónica, a la que llama Planificador General, nuestro «Führer» podrá llevar a cabo sus sueños más queridos.

—No lo dudo.

—Por eso quiero ir a alistarme cuanto antes, Alan. ¿Estás dispuesto a acompañarme?

—Será un honor para mí, profesor.

—Pues andando. Cuanto antes le digamos lo que hemos obtenido, mejor.

Momentos después, un poderoso vehículo abandonaba el edificio

del laboratorio donde trabajaban cientos de especialistas a las órdenes del profesor Werner.

* * *

Alemania había ganado la guerra.

El hecho aconteció en los primeros meses del año 1945. Desembarcados en Europa, donde habían llegado a alcanzar posiciones bastante internas, consiguieron un doble segundo frente, los aliados podrían estar ya casi seguros de la victoria.

En el Pacífico, americanos e ingleses, pero sobre todo los primeros, iban recuperando las islas que el Japón había ocupado en aquella repetición de la guerra relámpago que hizo a partir de 1941.

Por otra parte, en ciertas zonas desérticas de los Estados Unidos se estaba preparando un nuevo artefacto, la bomba atómica, que el gobierno estadounidense, en relación con el británico y el soviético, estaban dispuestos a utilizar, ya no sobre Alemania, cuya derrota parecía tan próxima, sino sobre el Japón, si éste se negaba a rendirse después de que el Eje germanoitaliano se hubiese hundido definitivamente.

Así parecían escribirse las páginas de la historia en aquel año de 1945.

Sin embargo, a pesar de la destrucción de ciertos centros científicos de primerísima importancia, los alemanes habían conseguido establecer uno subterráneo, debajo de la zona montañosa de la parte central del país, donde se trabajaba a toda velocidad en la producción, precisamente, del mismo artefacto que los americanos estaban seguros de ser los primeros en producir.

El 2 de marzo de 1945, fecha que quedaría grabada en la historia del mundo de una manera imborrable, dos aparatos especiales a reacción, modelos únicos que habían salido de las fábricas germanas, volaron uno hacia Nueva York y el otro hacia Londres, en cuyas ciudades dejaron caer, casi al mismo tiempo, sendas bombas atómicas que causaron la muerte a cientos de miles de personas y la destrucción de un área de una extensión escalofriante, donde sólo quedaron ruinas calcinadas y un espacio que era como una mancha, vista desde el aire, como un cáncer que

hubiese corroído fulminantemente edificios, calles y plazas.

Los gobiernos aliados, después de una reunión de urgencia, no tuvieron más remedio, ante la amenaza de Berlín de repetir incesantemente aquellos bombardeos, que rendirse a la evidencia y aceptar las condiciones del enemigo para llevar a cabo una rendición inmediata.

La guerra había terminado.

Victoriosos, los ejércitos alemanes se hicieron cargo de todas aquellas zonas que habían sido ocupadas por los aliados en las sucesivas campañas de los dos años anteriores. No hubo necesidad, como algunos pensaban, de lanzar una bomba atómica sobre Moscú. Fue precisamente el Kremlim el primero que firmó el tratado de paz, sometiéndose incondicionalmente a los dictados del vencedor.

A partir de entonces, la figura colosal de Adolfo Hitler cobró naturaleza casi mística. A su alrededor, los colaboradores que habían temido lo peor volvieron a planear sus extrañas e inhumanas teorías, haciendo que el mundo se rindiese incondicionalmente.

Cientos de misiones partieron para todos los países del mundo y, en cada una de las ciudades de la tierra, un jefe alemán tomó a su cargo las directrices económicas y políticas del país, haciendo así realidad el viejo sueño del nazismo de instaurar en el globo terráqueo una línea continua de política nacionalsocialista que duraría mil años.

Durante los primeros veinte años de dominio alemán, las cosas se cumplieron de una manera inexorable. Todas las teorías estudiadas en Berlín fueron puestas en práctica y, acompañando a los enviados militares y políticos, hombres de ciencia germanos se dispusieron a realizar un experimento global, que abarcaría a cientos de millones de seres humanos, sometiéndolos a una disciplina de hierro, apagando en ellos todo lo que fuera necesario para transformarlos en otros tantos esclavos que servirían día y noche, en un trabajo colosal de reconstrucción, a los intereses de la nueva minoría que se había hecho cargo del mundo.

Cuando Hitler y sus inmediatos colaboradores empezaron a envejecer de manera visible, cuando se empezó a pensar de una manera seria en el relevo que debía hacerse de un momento a otro, el descubrimiento del profesor Richard Werner solucionó uno de los problemas más graves con el que la Alemania victoriosa se

encentraba en aquella larga postguerra.

En efecto, emborrachados por el triunfo, los jefes nazis, aquéllos que eran enviados a todas las naciones de la guerra para imponer la disciplina y el modo de ver ario, dejaron escapar las directrices que habían recibido en Berlín y se convirtieron, en poco tiempo, en virreyes despóticos, en hombres que hacían pensar que la edad media había vuelto y que el mundo, en vez de lanzarse a una unificación necesaria y beneficiosa para todos, iba a reunirse de nuevo en una serie de reinos, a cuya cabeza se levantaban unos reyezuelos modernos, pero no menos crueles que los que hicieron pasar a la humanidad por los siglos de una oscuridad y de un oscurantismo escalofriantes.

En Berlín, en el centro neurálgico de aquel nuevo mundo que se había formado, Hitler y sus colaboradores comprobaron con espanto que todos los esfuerzos que habían realizado, toda la sangre vertida y el dolor producido durante la larga guerra, no iba a servir absolutamente para nada.

Preocupados, se daban cuenta de que las riendas se iban escapando poco a poco de sus manos y que las nuevas formaciones políticas, ya en Berlín, ya en el extranjero, se inclinaban hacia directrices que se apartaban por completo de los principios fundamentales que el nazismo había establecido en 1933.

Afortunadamente, la intervención del mágico suero del profesor Werner dio al «Führer» y a sus inmediatos seguidores la posibilidad de una juventud y de un espíritu renovado, que acabaron para siempre con las divergencias que existían en el interior del partido nacionalsocialista.

Sin embargo, ¿iba a salir ganančiosa la humanidad de aquella continuidad política?

Evidentemente, no.

* * *

Cuando delante del «Führer», cuyo aspecto físico había cambiado por completo, haciendo recordar a los que le conocían al Hitler de los primeros años del nazismo, el profesor Werner expuso los triunfos que acababa de conseguir, tanto Hitler como sus colaboradores no pudieron evitar la sorpresa, el asombro, la alegría

y el gozo de saber que, al fin, iban a tener en la mano el instrumento que convertiría a la humanidad en una máquina obediente, en la que jamás volverían a reproducirse las averías individualistas que poco antes habían estado a punto de estropear todos los planes que surgieron de los cerebros calenturientos de Berlín.

—El procedimiento que acabo de descubrir —explicaba el profesor Werner—, reside en la impresión de una serie de órdenes en el cerebro humano. Todos nosotros sabemos que la memoria no es más que una suma de cargas eléctricas que, fijadas en diversas zonas cerebrales, están unidas por lo que en biología general se llaman «líneas de asociación». Esto hace que las ideas que poseemos en la memoria ofrezcan el aspecto, valga el símil, de una serie de racimos que pendieran del cerebro, y cuyos frutos estuviesen unidos por una serie de apéndices que hicieran que las ideas se relacionaran con otras, en lo que llamamos comúnmente «asociación de ideas».

»Pues bien, nada más fácil, utilizando la electricidad, que destruir todas las ideas fijadas desde el nacimiento del individuo, haciendo que su memoria sea completamente nueva, y grabar luego en su cerebro las ideas necesarias, estrictamente necesarias, para realizar un determinado trabajo y cumplirlo a rajatabla, sin equivocación posible.

»Un aparato que acabo de descubrir, y al que he llamado, “nemáforo”, proporciona estas ideas que, previamente, son grabadas en una cinta magnetofónica. Colocando una especie de casco sobre la cabeza del sujeto, se borran sus ideas anteriores, sobre todo las más peligrosamente personales, dejando solo aquéllas que el “nemáforo” va grabando y que convierten a dicho individuo en un sujeto obediente, cuyas necesidades espirituales han desaparecido por completo. Es decir, un organismo vivo, que se alimenta, que trabaja y se reproduce, pero sin que su personalidad obre, en ningún caso, como palanca de su propia existencia.

Le escucharon con la boca abierta. Continuó hablando, explicando detenidamente el funcionamiento del «nemáforo», así como lo que había conseguido en la investigación animal y, sobre todo, con algunos hombres que le había proporcionado el Instituto Psiquiátrico, donde estaban instalados los laboratorios.

—Trescientos de esos dementes —explicó—, están actualmente sometidos a la acción de mi «nemáforo». Y puedo aseguraros, mi «Führer», que los resultados obtenidos son completamente satisfactorios. Porque lo verdaderamente importante no es que hayamos logrado imponer a esos individuos una serie de ideas-clave que obedecen ciegamente, sino que también hemos hecho desaparecer su anormalidad mental, transformándolos en personas corrientes, pero con la superioridad evidente de no pensar en absoluto en ellos mismos. Son, como dije antes, seres perfectos desde el punto de vista del trabajo y que jamás causarán molestia alguna a la sociedad futura que estamos en trance de crear.

Hitler y sus colaboradores invitaron al profesor y a su ayudante a que se quedaran con ellos a almorzar. Más tarde llegó el profesor Klaine, una de las primeras autoridades en el mundo en electrónica, al que comunicaron los descubrimientos de Werner.

Bruno Klaine, un hombre bajito, regordete, con una enorme cabeza que sustentaba apenas un cuello delgado y nervioso, estrechó fuertemente la mano de Richard Werner y le comunicó después sus propios descubrimiento, le habló del Planificador General, de aquella máquina fabulosa que, en colaboración con el procedimiento descubierto por Werner, iba a hacer que desaparecieran los directores de trabajo que tantos dolores de cabeza habían causado a Berlín, llegando ella sola, la máquina, el movimiento de producción de toda la tierra.

—Mi Planificador General —explicó el profesor Klaine—, en colaboración con su «nemáforo», amigo Werner, dará estructura a esta nueva sociedad y convertirá la tierra en un mundo de trabajo, donde jamás habrá una protesta, donde no podrán existir individualismos de ningún género y donde la producción llegará a constituir un orden perfecto, tal y como lo había soñado nuestro «Führer».

CAPÍTULO III


e puede, doctor Tower?

—Pase, doctora Hunter. Justamente deseaba verla en seguida.

La doctora Klara Hunter, una hermosa mujer, con una larga cabellera rubia y ligeramente anudada a la espalda en una especie de cola de caballo, penetró en el despacho del doctor Tower y sentóse en una de las sillas de armadura metálica que había junto a la mesa en la que trabajaba el médico.

—¿Un cigarrillo? —invitó el doctor.

—Sí, gracias.

Encendieron y fumaron algunos segundos en silencio. Luego, con una sonrisa en los labios, el doctor Tower dijo:

—Acabo de hablar por teléfono con el profesor Werner, doctora Hunter.

—Y ¿qué ha dicho?

—Está contentísimo. Los encefalogramas eran perfectos. Mi enhorabuena, Klara.

—Muchas gracias, doctor. Pero yo traigo para usted una noticia más importante.

—¿De qué se trata?

—Los dos hombres de la habitación cuarenta y cuatro han reaparecido.

—¿Eh?

No era de extrañar la expresión de asombro que acababa de aparecer en el rostro del viejo doctor Tower. El caso de aquellos dos pacientes de la habitación cuarenta y cuatro constituía un verdadero problema, tan intenso como misterioso. Tower, contando con la confianza de la doctora Klara Hunter, no había comunicado al profesor Richard Werner nada de lo ocurrido. Después de todo, Werner no sólo era el jefe del laboratorio que dirigía, sino de aquel hospital psiquiátrico, cuyos elementos humanos servían para los ensayos que se estaban llevando a cabo.

Tower miró atentamente a la doctora.

—¿No se tratará de una broma?

—No, doctor. Le estoy diciendo la verdad. Esta mañana, cuando he pasado la visita a los enfermos de la cuarta planta, me asomé por mera curiosidad a la habitación cuarenta y cuatro, y vi que los dos pacientes estaban nuevamente en su lecho.

—Y la puerta, ¿estaba cerrada?

—Sí.

—¿Ha hablado usted con los guardianes del laboratorio?

—Sí. Antes de venir a verle, conversé con el jefe de la guardia y me dijo que nadie había entrado ni salido del edificio.

—¿Qué explicación hay de lo ocurrido?

—Por desgracia, ninguna, doctor Tower. A menos que usted y yo padezcamos alucinaciones.

El médico sonrió.

—Sería mejor que así fuera —dijo—. Porque yo no puedo explicarme cómo esos dos enfermos desaparecieron, con la puerta cerrada y apareciendo de nuevo, tal como usted me dice, de la misma manera.

—Yo tampoco me lo explico, doctor.

Guardaron unos instantes de silencio.

Meditando, el doctor Tower se dijo que quizá había sido una equivocación convertir en «pacientes» a dos hombres como los que

ocuparon la habitación cuarenta y cuatro. La idea había sido suya, era cierto, por eso toda la responsabilidad de lo que ocurriera caería irremisiblemente sobre él.

Aquello le asustó durante unos instantes pero, haciendo de tripas corazón, se dijo que precisamente había basado el ensayo aquél en el deseo de demostrar al profesor Werner que hombres dotados de una clara inteligencia, con una formación científica intensa, podían sufrir las mismas modificaciones que los demás mortales bajo el casco del «nemáforo».

Recordando aquello, que la doctora conocía perfectamente, dijo en voz alta:

—Mi idea, amiga Klara, fue la de saber si una inteligencia superior podría sufrir la misma mutilación mental que el resto de los mortales.

—Ya lo sé, doctor. Por eso hizo usted venir a esos dos hombres de ciencia.

—En efecto. Cuando lo llevé a cabo, no pensé que ocurrieran cosas tan extrañas.

—Pero ¿usted cree que ellos son capaces de aparecer y desaparecer de esa manera?

—Yo ya no sé nada, doctora. Estoy hecho un verdadero lío. Recordará usted que, cuando los trajimos, con la complicidad del jefe de guardianes, fuimos a su casa y los dominamos con facilidad, inyectándoles una fuerte dosis de pentotal, con lo que conseguimos dejarles profundamente dormidos y traerlos a la clínica.

»Inmediatamente, antes de que despertaran, les sometimos a la acción del "nemáforo" y, por los encefalogramas conseguidos, no he visto que haya ninguna diferencia entre la mente privilegiada de esos dos hombres y la de los enfermos que estaban aquí.

—Es cierto.

—Sin embargo, cuando todo iba maravillosamente bien, cuando yo estaba dispuesto a hablar al profesor Werner de este triunfo mío, los enfermos desaparecieron. Y ahora que recuerdo, ¿cuánto tiempo han estado fuera?

—Dos semanas.

—No lo comprendo. De todos modos, para evitar que esto se repita, vamos a trasladarlos a una habitación especial, la número cien. Las paredes son metálicas, recubiertas interiormente por una

capa de guata elástica para evitar que se hagan daño, en un acceso de locura. ¿Le parece buena mi idea?

—Excelente. También conozco esa habitación, doctor. Y estoy segura de que nadie, absolutamente nadie, podría abandonarla sin pasar por la puerta.

—Precisamente iba a hablar yo de la puerta, Klara. Es tan fuerte como la de una caja de caudales.

—Así no escaparán nunca más.

—Desde luego. Por otra parte, quiero examinar detenidamente la habitación cuarenta y cuatro. Debe haber alguna cosa en la que no hemos prestado demasiada atención. Porque no irá usted a creer que esos dos pacientes pueden atravesar las paredes o hacerse invisibles.

Klara dejó oír una risa musical.

—Claro que no, doctor. ¿Quiere que los traslademos ahora mismo?

—Sí, por favor. Hable con el jefe de guardianes y dé las órdenes oportunas. Esperemos que las cosas sigan bien, a partir de ahora, de manera a que muy pronto podamos ir a ver al profesor Werner, usted y yo, para comunicarle que hemos conseguido anular la mente de dos personas superinteligentes, lo que le convencerá, de una vez para siempre, de que sus temores eran vanos.

—¿Es que él no creía en la potencia de su «nemáforo»?

—Sí, en cuanto a la gente en general. Pero no estaba seguro de que una mente privilegiada pudiera sufrir los mismos efectos que los demás mortales. No olvide usted, doctora Hunter, que la organización de un cerebro privilegiado es algo especial, y que los engramas; es decir, los islotes de ideas que guarda la memoria, están mucho más profundamente grabados en una persona inteligente que en otra de constitución mental sencilla.

—Es verdad.

—Por eso, deseando demostrar al profesor Werner la utilidad universal de su aparato, me atreví a hacer esa investigación con esos dos pacientes especiales.

Ella se puso en pie.

—Voy a dar las órdenes oportunas para que los encierren en la habitación número cien.

—Gracias, doctora. Venga luego a verme.

* * *

Abrió los ojos…

De momento, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para entrar en contacto con la realidad. Luego, poco a poco, los recuerdos fueron vertiéndose en su cerebro y se extrañó inmediatamente al ver las distintas dimensiones de la habitación en la que se encontraba, así como de la ausencia de aquellos cómodos sillones que ahora, como pudo comprobar, parecían haberse convertido en dos camas corrientes y vulgares.

Se sentó.

Harry estaba dormido sobre su lecho. John se puso en pie y acercóse a él. Lo examinó durante unos instantes y luego puso su mano sobré el hombro del joven, al que sacudió dulcemente hasta que consiguió que abriese los ojos.

Harry se sentó inmediatamente en su lecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

John hizo un gesto con la mano, mostrándole la estancia.

—Fíjate, Harry —le dijo.

Mirando atentamente a su alrededor, el joven notó las mismas diferencias que habían extrañado a John. Se puso en pie, examinó detenidamente las paredes, las dos camas, así como el lavabo, y luego, volviéndose hacia el hombre, dijo, frunciendo el ceño:

—No estamos en el mismo sitio.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Qué habrá sucedido?

—No lo sé. Sería bueno que recordásemos todos los detalles hasta que nos quedamos dormidos. ¿No te parece?

—Sí. Puedes empezar.

—Llegamos a la esfera, en la parte baja del bosque. ¿Voy bien hasta ahora?

—Si.

—Tú te quedaste un poco apartado, mirando con miedo a la esfera. Yo me acerqué, pulsé el botón que abría la puerta y penetré, al reconocer lo que había visitado muchas veces. Luego salí, te llamé y ambos entramos. ¿No fue así?

—Sí.

—Después examinamos curiosamente los sillones y las paredes esféricas, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente.

—Entonces nos sentamos cada uno de nosotros en un sillón, nos recostamos. Fui a cerrar la puerta. Aquí terminan nuestros recuerdos colectivos, dejando lugar a los míos, a mis recuerdos personales.

Sentí que me hundía en un sueño delicioso y me dije, antes de cerrar los ojos, que debía de ser el efecto de la temperatura tibia que reinaba en el interior de la esfera.

—Igual me ocurrió a mí.

—Y ahora, por lo visto, nos encontramos en otro lugar.

—¿Crees que nos habrán capturado?

—Eso me temo.

—Entonces eras tú el que tenías razón.

John asintió con un gesto de cabeza, al mismo tiempo que aparecía una triste sonrisa en sus labios.

—Ya te lo advertí, Harry. Los hombres de la ciudad debieron poner aquella esfera como un cepo. Un cepo en el que caímos estúpidamente. Eso quiere decir que nos van a obligar a pasar de nuevo bajo las «duchas».

—¡No quiero!

—Y ¿de qué va a valerte el no querer? Volveremos de nuevo a formar en aquellas filas interminables de esclavos, nos enviarán a un trabajo, cuyas directrices grabarán en nuestro cerebro. Y como no recordamos de qué forma milagrosa escapamos a aquella cadena de autómatas, permaneceremos allí el resto de nuestras vidas.

—¡Lucharé!

—De nada te servirá. Nunca debimos entrar en la esfera.

Guardaron silencio.

Poco después, la puerta de la habitación se abría, dando paso a una joven muy linda, de cabellos dorados, que llamó en seguida la atención de Harry, quien no pudo evitar que una sonrisa se pintara en su boca.

La muchacha les miró con curiosidad.

Llevaba una bata blanca que le llegaba por encima de las rodillas, dejando parte de la falda de color grisáceo que vestía debajo. Tenía un cuaderno en la mano derecha y una pluma estilográfica en la izquierda, lo que demostraba palpablemente que escribía con aquella mano.

Miró a los dos hombres y luego sonrió.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó.

Fue Harry el que contestó:

—Nos encontramos muy bien. Pero si cree que va a convertirnos nuevamente en esclavos, se equivoca.

—No entiendo.

—No disimule, señorita. Está bien que nos hayan capturado como a un par de tontos que somos, pero no queremos volver al trabajo, ni a formar en las hileras de obreros. ¿No es verdad, John?

El hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Es cierto —afirmó profundamente—. Si quiere matarnos, puede hacerlo. Pero nunca volveremos allá.

Ella, a pesar de su extrañeza, había tomado rápidamente nota de cuanto acababa de oír. En realidad, hubiese podido traer uno de los magnetófonos especial, minúsculo, que todos los doctores en psiquiatría llevaban consigo, pero ella prefería sus notas, ya que algunas veces había tropezado con dificultades cuando el paciente oía el tenue ruido, perceptible, del minúsculo motor del magnetofón.

—Y ¿dicen que no, quieren volver más a esas filas?

—Eso hemos dicho.

—¿Dónde trabajaban?

—En una factoría enorme —repuso Harry—. Estábamos fabricando, según recuerdo, piezas para las astronaves a propulsión fotónica.

Ella sonrió.

—Y ¿no sabe usted hacia dónde se dirigían esas astronaves?

—Fuera del Sistema Solar. Fue algo que oí en una ocasión. Pero ¿por qué nos pregunta eso si lo sabe mejor que nosotros?

—Perdonen —dijo ella, dejando de escribir.

Abandonó la estancia y la puerta, fuerte como la de una caja blindada, se cerró silenciosamente detrás de ella. Todavía nerviosa, con el ceño fruncido, la doctora Hunter se dirigió rápidamente hacia el ascensor, y poco después penetraba en el despacho donde estaba trabajando el doctor Tower. Le enseñó las notas.

—Lea usted esto, doctor. Acabo de tener una pequeña charla con los dos pacientes de la habitación cien.

El médico leyó las notas de la doctora, viéndose obligado a

releerlas varias veces más, hasta que sonrió, tendiendo el bloc a Klara.

—Unas cuantas ideas delirantes —dijo.

—Eso es lo que me temía.

El médico se percató entonces del significado de las palabras de la doctora.

Se trató de estúpido por haber sonreído y luego se mordió los labios, nerviosamente. Si aquello era, en efecto, el producto de una mente delirante, todo demostraba palpablemente que su proyecto de convencer a Werner de la actividad del «nemáforo» sobre mentes superdotadas, se había convertido en un rotundo fracaso.

Miró de forma inquisitiva a la doctora.

—¿No les ha hecho preguntas sobre su fuga?

—No lo he considerado pertinente, doctor. Al notar que estaban en pleno estado demencial, no insistí.

—Ha hecho usted bien.

Hubo un silencio. La doctora cerró el bloc, guardó la pluma estilográfica y luego preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Todavía no lo sé. Me amarga saber que el «nemáforo» es incapaz de una acción provechosa sobre cerebros privilegiados. Si lo que vamos a conseguir, actuando sobre ellos, es convertir a los sabios en locos, el fracaso de Werner, en este aspecto, será completo.

—Pero él nunca ha hablado, que yo sepa, de actuar sobre mentes privilegiadas.

—Ya lo sé. Todo fue idea mía. Pero ¿qué va a ser en el futuro de los hombres inteligentes?

—No será necesario.

—¿Por qué?

—Usted mismo me lo dijo, hace poco, doctor Tower. ¿Es que ha olvidado al profesor Klaine?

El médico se encogió de hombros.

—Es cierto, Klara. Pero me duele que sea una máquina la que, en el futuro, ordene a la humanidad.

—No se trata de eso, doctor. Klaine dijo con toda claridad que un grupo de especialistas estaría siempre junto a su Planificador General, controlándolo. Es natural que una máquina no pueda

trabajar por sí sola, sobre todo si se trata de nuevos planes o ideas. Las nuevas directrices deberán ser proporcionadas al cerebro electrónico por inteligencias humanas. ¿No lo cree usted así?

—Sí. Quizá haya cometido un error al intentar esta experiencia, doctora Hunter. Pero ¡estaba tan entusiasmado!

—Todavía no se han perdido todas las esperanzas, doctor. Por el momento, yo creo que debemos seguir observando esos dos curiosos pacientes. Ahora, desde que están en la habitación número cien, no podrán escaparse y repetir esa extraña aventura que tan desagradable sorpresa nos produjo. ¿No lo cree así?

—En efecto.

—Es usted una colaboradora maravillosa, Klara. Si no fuera por usted, me sentiría viejo y vencido.

—Aparte esas ideas de su imaginación, señor. Está usted en un sitio donde sería malísimo caer en un estado depresivo.

Él rió.

—Es usted maravillosa, Klara. Vamos a hacer lo que dice. Con un poco de paciencia, seguiremos observando a esos dos pacientes y, a lo mejor, nos dan una agradable sorpresa.

—Eso espero.

—Por el momento —siguió diciendo el doctor—, no conviene hablar de esto con nadie. No quisiera que el profesor Werner se enterase de nuestras experiencias. ¿Entendido?

—Por mí, no tenga usted ningún temor, doctor. A mí también me gustaría darle una agradable sorpresa al profesor Werner.

Tower suspiró.

—Sería la mayor alegría de mi vida —dijo, sin gran convicción, sin embargo.

Capítulo IV



os años fueron suficientes para el montaje del colosal Planificador General.

La máquina, que no era después de todo más que un portentoso cerebro electrónico de dimensiones verdaderamente colosales, ocupaba la totalidad de un edificio de treinta y cinco pisos, en las afueras de Berlín.

Ciento ochenta mil técnicos y más de medio millón de obreros fueron necesarios para ultimar aquel gigante de gigantes. Todo, excepto las dos últimas plantas del edificio, destinadas a despacho y salas descontrol, estaba ocupado por aquel poderoso organismo, que fue inaugurado por las primeras autoridades del III Reich y ante las cuales el profesor Klaine explicó, en líneas generales, la composición de su invento.

—El Planificador General, señores —dijo—, es un cerebro electrónico de complicación excepcional, ya que cuenta, en sus cinco grandes partes, con un total de mil trescientos billones de

relés. Esas cinco partes pueden compararse, burdamente, con las zonas de un portentoso cerebro humano. Cada una de ellas posee un objetivo distinto, de cuyo funcionamiento intentaré dar una idea general.

»La primera parte, a la que llamo AM, posee cien billones de relés y es lo que podíamos llamar la parte "ordenadora". Esta amplia zona del cerebro electrónico se encargará de ordenar y organizar el trabajo de todos los seres humanos de los que dispongamos. Ella será la que organice los turnos de trabajo, la que controle la acción de la sala de «nemáforos» para las nuevas misiones y, en general, podemos calificarla como el «gran capataz» de la humanidad.

»La segunda parte, que recibe el nombre de ST, está íntimamente ligada a la primera y posee trescientos billones de relés. Es la encargada de los cálculos económicos de toda la producción mundial. Recibirá impresiones de información, sabiendo así lo que debe ser fabricado y en qué cantidad y ritmo. Podríamos denominarla como "el ingeniero y especialista en economía" de mi cerebro electrónico.

»Ayudando a la primera y segunda parte, unida a ella por innumerables conexiones, se encuentra la tercera, a la que llamamos HL, con trescientos billones de relés, encargada de los cálculos necesarios para todas las operaciones que las dos primeras partes tengan que llevar a cabo. Pero la HL no se ocupará solamente de servir de matemático superior a la AM y a la ST, sino que ayudará también a la cuarta, llamada BS, destinada especialmente a la investigación general, no sólo de los problemas internos de la Tierra, sino los de todo el universo; siendo así una especie de "físico superior" que, con sus cien billones de relés, proporcionará los datos para, por ejemplo, los viajes espaciales, los estudios astronómicos más complicados y todo lo necesario para la futura expansión de la humanidad.

»Éstas son, señores, las partes primordiales del Planificador General. Con ellas, todos los trabajos, las labores, las investigaciones de una humanidad laboriosa, estarán perfectamente servidos. Pero esto no es todo. Por encima de las cuatro partes que acabamos de estudiar, se encuentra la más superior, con quinientos billones de relés para ella sola, a la que denomino IN y que es como

la “inteligencia superior” de todo el cerebro electrónico. Allí, en las zonas de «memoria-asociación», se irán imprimiendo los resultados y las experiencias conseguidas con las otras cuatro partes, y será el cerebro electrónico por sí mismo quien nos proporcione los datos de nuevas cosas que hasta ahora, por fantásticas, nos parecen irrealizables.

Hizo una pausa, sonrió y dijo:

—Como ya hemos establecido en todas las zonas ocupadas por nuestro país los «nemáforos» y las instalaciones fabriles necesarias, el Planificador General empezará a trabajar dentro de dos semanas y ustedes podrán comprobar la perfección de sus procedimientos. Ni un solo ser humano, de los cientos de millones que estarán bajo sus órdenes, podrá ampararse en el más pequeño rincón de personalidad. Será, ni más ni menos, que un tornillo de una inmensa y colosal máquina que trabajará para el futuro, para esa pequeña minoría de seres inteligentes que estarán siempre junto al Planificador General y que serán, a fin de cuentas, los que se beneficien del poderoso empuje de mi máquina electrónica.

Y así fue.

Cuando el Planificador General se puso en marcha, la humanidad, considerada como tal, había desaparecido.

Después de un portentoso «lavado de cerebro» que cientos de miles de «nemáforos» habían llevado a cabo, distribuidos por toda la superficie de la tierra, las industrias se centralizaron y, a partir de aquel instante, los hombres fueron como sumisos autómatas que llevaban a cabo una labor, que hizo que la producción se multiplicara por mil y que el mundo alcanzase lo que aquel hombre, joven en apariencia pero viejo interiormente, llamado Adolfo Hitler, pudiera sonreír al considerarse afortunado de haber conocido al profesor Bruno Klaine que, además de aquel portento actual, era quien le había proporcionado las bombas atómicas necesarias para ganar la guerra en los primeros meses de aquel turbio año de 1945.

* * *

Aquella mañana, como de costumbre, Karl Leffer y la joven Isolde Vernen, ambos ingenieros, subieron en el ascensor ultrarrápido que iba a conducirles a la última planta del edificio

colosal del Planificador General, donde trabajarían durante ocho horas.

Al llegar arriba, estrecharon la mano de la pareja de ingenieros que habían trabajado durante la noche y penetraron después en la amplia estancia donde, además de una pared que estaba cubierta de una especie de buzones, ranuras por donde se enviaban las fichas perforadas para el fabuloso cerebro electrónico las dos paredes laterales estaban igualmente cubiertas por pantallas semejantes a las de la televisión que, en realidad, solamente reflejaban las ondulaciones electrónicas que en forma de curvas matemáticas demostraban la marcha de las distintas partes del Planificador General.

Era allí, en aquellas pantallas, donde los ingenieros leían las respuestas a los impulsos que proporcionaban al cerebro electrónico, siendo algo así como el «pulso» de la terrible máquina, lo que se reflejaba sobre la pulida superficie de aquellos rectángulos de color verdoso.

Generalmente, la máquina necesitaba muy pocos datos. Hacía dos años ya que estaba funcionando y su portentosa memoria, aquélla que estaba dotada de quinientos billones de relés, y que el profesor Klaine había bautizado con el nombre de IN, era ya capaz de tomar ciertas responsabilidades y de solucionar problemas, sin necesidad de consultar a los humanos, que solamente se ocupaban de vigilar la buena marcha de la totalidad de la máquina.

En cuanto la puerta del enorme laboratorio se cerró, Karl Leffer se volvió para recibir en los brazos a Isolde Vernen.

Hacía ya bastante tiempo que se amaban, habiéndose convertido la amistad del principio en un sincero afecto que ahora les unía fuertemente.

Isolde era alta, de cabellos rubios y ojos azules. Karl Leffer era un joven de veinticinco años, que había obtenido el número uno en la universidad y que fue, durante un cierto tiempo, ayudante preferido del profesor Bruno Klaine. El «viejo», como familiarmente se le llamaba allí, a pesar de que, habiendo tomado el suero del profesor Werner, parecía más joven de lo que en realidad era, pasaba sólo de vez en cuando por el edificio, ocupaba un sillón en aquel mismo laboratorio y contemplaba con ojos arrobados a su «hijo electrónico», como él mismo lo llamaba.

Después de besar a Isolde, el joven Karl sonrió y dijo:

—Tengo que seguir estudiando, amor mío. Es decir, debemos trabajar.

—¡Qué lástima!

—No seas mala, Isolde. Tenemos algo que cumplir y estaría muy feo que no lo hiciésemos. Aunque, después de todo, ¡hay tan poco que hacer aquí!

—Pues tú estás muy interesado con el Planificador General.

—Y ¿quién no lo estaría? Cuando me acerco a él, cuando miro en las pantallas, es como si me asomase a otro mundo, cariño. ¿No te ocurre igual a ti?

—A mí me da un poco de miedo.

—¿Por qué?

—Porque es como si me aproximase a una inteligencia demoníaca, demasiado grande para ser concebida. ¿Has pensando un solo instante en el movimiento vertiginoso de esos mil trescientos billones de relés?

—Es verdad que da frío pensarlo.

—Naturalmente que sí. Eso es lo que me ocurre, a mí, cariño. Me estremezco cada vez que miro a esas pantallas y me imagino, debajo de nosotros, pisos y más pisos repletos de aparatos electrónicos, moviéndose a velocidad vertiginosa, ordenando el trabajo de millones de seres humanos, creando ideas nuevas, fabricando aparatos para la investigación espacial, perfeccionando máquinas que nosotros, indudablemente, no podemos siquiera ni imaginar. ¿Te das cuenta?

Asintió.

—Es cierto. A veces, Isolde, me ocurre algo muy parecido a lo que te pasa a ti. Es como si estuviéramos junto a un cerebro portentoso que, además, posee algo de eterno y que da frío. Y cuando imagino que nosotros desapareceremos, que nuestros hijos, que los hijos de éstos y así, sucesivamente, durante generaciones, seguirán penetrando aquí, siguiendo el curso de los pensamientos de esta máquina, me horrorizo.

»Porque si en dos años ha sido capaz de organizar el trabajo de todo el mundo, si ha investigado la física, la química, la medicina, todas las disciplinas humanas con una perfección que cien generaciones no hubiesen logrado, ¿qué pasará dentro de un siglo,

Isolde?

—No pienses en eso.

—Tienes razón. Sólo con un cerebro como el de esta fantástica máquina puede imaginarse algo tan doloroso.

Encendió un cigarrillo, acercándose a las pantallas. En éstas se reflejaban las curvas de los impulsos electrónicos que se obtenían a cada instante. Eran curvas llamadas sinusoides, curvas planas de valor angular, que, daban matemáticamente la esencia de los impulsos de los cientos de billones de relés que trabajaban al mismo tiempo.

Para Leffer, como para la joven Vernen, aquellas curvas explicaban, como el lenguaje más claro, la normalidad del funcionamiento de todas las partes del gigantesco cerebro electrónico. Les bastaba detenerse unos instantes ante cada pantalla para comprobar que tal parte del colosal organismo, funcionaba a pleno rendimiento y proporcionaba los impulsos necesarios para que cientos de millones de hombres, que en aquellos momentos trabajaban, realizasen labores de todos los tipos, mientras el cerebro, además de ordenar todo aquello, iba pensando, calculando, estudiando, registrando, en un esfuerzo casi imposible de describir.

Ella, la muchacha, se acercó melosa a Karl.

—¿Y si le hiciésemos la prueba de ayer? —preguntó, sonriente.

Él se volvió, mirándola con fijeza.

—Eso no fue más que una broma, querida. Además, si el profesor Klaine supiera que nos entretenemos en hacer preguntas tontas a la máquina, se enfadaría.

Fue ahora ella la que frunció el ceño.

—¿Preguntas tontas? ¿Es que para ti el amor es una tontería?

—Perdona, querida. No he querido decir eso.

Pero ella, enfurruñada, iba a alejarse, dispuesta a no volverle a hablar en toda la mañana. Temeroso, Karl se acercó, la rodeó con sus brazos y la besó con pasión.

—No seas rencorosa, Isolde. Si quieres, volveremos a hacerlo.

La sonrisa borró la expresión sombría que había en el rostro de la muchacha.

—¿De veras?

—Sí. Podemos preguntarle muchísimas más cosas, si tú quieres. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!

Se dirigieron al fichero de interpretación para las cartulinas perforadas. Allí estaba, en un lenguaje oscuro para los profanos, la manera de solicitar de la máquina respuestas sobre cualquier tema. Había un verdadero fichero de matemáticas, de química, de física, de biología… Porque el profesor Bruno Klaine hacía que cada equipo de ingenieros preguntase a la máquina sobre cuestiones importantes y generales que interesaban a la élite de aquella humanidad de esclavos.

—¿Qué quieres qué le preguntemos? —inquirió Leffer.

—Déjame pensar… Podríamos preguntarle… ¡Ya lo tengo!

—¿De qué se trata ahora?

—Ya verás. Ayer nos dio una respuesta del amor que nos dejó patidifusos. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente. La máquina confunde el amor con el deseo carnal.

—Eso demuestra que es mucho menos inteligente de lo que parece. Pero ahora podríamos preguntarle lo que piensa de los hijos, de la familia, de la bondad, de la piedad de los unos hacia los otros, el destino de la humanidad entera.

—¿No crees que exageras?

—Podemos ensayarlo, tonto. ¿Lo hacemos?

—Como quieras.

Recogió unas fichas, examinó la clave y luego se dirigió hacia la máquina perforadora que iba a traducir la idea en una serie de orificios, únicos datos que la máquina era capaz de entender.

—¿Cuál va a ser la primera pregunta? —inquirió Isolde, que estaba a su lado.

—Voy a preguntarle su opinión sobre la familia. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Momentos más tarde, Leffer introducía la cartulina por uno de aquellos «buzones» que cubrían toda una pared. No se oyó más que un siseo suave y, quince segundos más tarde, la cartulina aparecía por otra ranura, con una serie de nuevas perforaciones. Sólo había que llevarla a una máquina «interpretadora» para obtener una respuesta comprensible para los humanos.

Mientras la «traductora» realizaba su trabajo, los dos jóvenes se miraron, sonrientes, cogiéndose la mano con cariño. Con un ruido

seco, la tarjeta, ya impresa por una máquina de escribir, oculta en la «traductora», salió por una de las ranuras.

—Veamos… —dijo Leffer.

Leyó el contenido y sonrió, complacido, pasando la cartulina a la joven Isolde.

La familia es el núcleo básico de la sociedad. Su destrucción es el atentado más horrendo que puede hacerse contra los humanos. Pero han sido tomadas ya medidas especiales, actualmente en estudios, con el «kronotón».

Se miraron los dos jóvenes, extrañados, formulando al mismo tiempo, en voz alta, la misma pregunta:

—¿Qué es eso del «kronotón»?

Rieron.

—Nada más sencillo —dijo Isolde—. Pregúntaselo.

—Es lo que voy a hacer.

Preparó una nueva tarjeta y la introdujo en uno de los «buzones», precisamente en el de respuestas urgentes. La máquina no tardó más de diez segundos en vomitar otra tarjeta que, una vez pasada por la «traductora», dio una respuesta verdaderamente sorprendente.

Es un secreto.

Karl Leffer frunció el ceño.

—Esto no me gusta nada, Isolde. Es la primera vez que la máquina se niega a responder. ¿Te das cuenta de lo que esto puede significar?

—No, en absoluto.

—Algo se ha estropeado en su interior, Isolde.

Tendremos que comunicárselo al profesor Klaine. Tenemos que decírselo todo, ¿entendido? Y ya puedes imaginarte lo que va a pasar.

La expresión de la muchacha se ensombreció también.

—No debemos decir nada, Karl.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Si dices algo, nos castigará. Después de todo, ¿qué nos importa que la máquina tenga sus secretos?

—Es que no debe tener ninguno, cariño. Esto es muy grave, mucho más de lo que tú puedes imaginarte.

—Pues no lo entiendo.

Él tomó de la mano a la muchacha y la llevó hacia el cómodo tresillo. Ambos se sentaron en el diván.

—Escucha, Isolde —le dijo él, después de una larga pausa—: La máquina ha sido concebida para limitarse a trabajar, quedando todas sus partes al servicio del hombre.

—Eso ya lo sé.

—El que se produzca un fenómeno como el que acabamos de descubrir significa, sencillamente, que el Planificador General ha conseguido aislar una de sus partes, donde va acumulando cosas que llama «secretos». En principio, esto podría carecer de importancia, ya que como sabes no sería la primera máquina que, debido a un funcionamiento constante y complicado, adquiriese eso que se ha dado en llamar «neurosis de la IBM».

—Comprendo.

—Ya sabes que ciertos cerebros electrónicos, aunque no sean más que sencillos ordenadores, adquieren a veces verdaderos «vicios» y hasta engañan a los hombres que los manejan, proporcionándoles datos falsos o soluciones que algunos exagerados han calificado de «malévolas».

—Pero una máquina es incapaz de pensar.

—Yo no digo que esas máquinas de las que acabo de hablarte puedan llegar a un procedimiento que roce el raciocinio humano. Pero el Planificador General es algo más.

»El profesor Klaine le dotó, como sabes muy bien, de una zona, la IN, que aunque él mismo calificó de "memoria asociativa" es, en realidad, algo muy semejante a nuestra inteligencia.

—¿Lo crees así?

—Sí, Isolde.

—Pero ¿qué relación puede existir entre una inteligencia humana, por limitada y primitiva que sea, y esa zona IN, donde no hay más que relés como en las otras partes de la máquina?

—Desdichadamente —dijo él—, intuyo una cierta relación.

—Y ¿cómo la explicas?

—Muy sencillamente. Esa zona, la IN, es como la limpia memoria de un niño. Una criatura humana, desde que nace, va almacenando impresiones que recibe del mundo exterior. Durante los primeros años de la vida, no hace más que eso: recibir.

»No puede hablarse, por lo tanto, de asociación ni de

inteligencia. El niño acumula sus primeros reflejos condicionados: Ve un rostro y dice “papá” o «mamá». Así aprende muchas cosas: el temor al fuego, las condiciones del espacio que le rodea y que le permite moverse con cierta libertad.

»Pero todo eso es solamente “reflejo condicionado”.

»Es más tarde cuando el niño consigue sus primeras asociaciones verdaderas. Y en ese momento, su personalidad asoma al exterior y sus reacciones sorprenden a sus padres.

»La madre, por ejemplo, se asombra de que, al ofrecerle algo que le gusta, el niño lo rechace. En realidad, el pequeño desea empezar a imponerse, a ser algo más que un espejo en el que se reflejan los actos del exterior. El niño es capaz ahora de escoger entre dos caminos a seguir. Es decir, ha conseguido el libre albedrío, la personalidad.

—Muy bien.

—En la máquina, en el Planificador General, ha debido ocurrir lo mismo. Al principio, todo lo que le ordenábamos hacer era hecho y, aunque pasaba a la memoria asociativa, no obraba en función más que en lo que podríamos calificar como un «impulso de respuesta»; es decir, un reflejo condicionado electrónico.

»Pero, de repente, he aquí que la máquina realiza su primera asociación libre, llegando a conclusiones que escapan al observador exterior. No puedo ni adivinar cómo y cuándo ha ocurrido eso.

»Mas ha ocurrido.

»Y la máquina, por primera vez, se da cuenta de que posee algo que no debe comunicar. Dada su enorme complejidad, lo que me preocupa es la velocidad del crecimiento de su conciencia…

—¿No crees que exageras al aplicar esa palabra a una máquina?

—No. «Conciencia» es un estado que significa «saber qué se es». Y no dudes, cariño, que la máquina sabe actualmente qué es, lo que quiere decir que ha tomado «conciencia» de sí misma.

—No puedo creerlo.

—Ya sé que repugna a tu mente ceder ciertos derechos, que hasta ahora han sido exclusivamente humanos, a una mera colección de cables y lámparas. Pero no olvides, Isolde, que todo el funcionamiento de nuestro cerebro no es más que la ida y venida de corrientes eléctricas sobre un soporte celular que se parece tremendamente a la base material del Planificador General.

—¡Me das miedo!
—Yo también lo tengo, aunque no pierdo la esperanza de que todo esto no sea más que un «capricho» de un niño pequeño.
—¿Qué quieres decir?
—Que la máquina puede haberse asombrado de su propio poder y quiere, sencillamente, jugar un poco.
—¡Ojalá sea así!
—También lo espero yo, Isolde.
—Y ¿no habría manera de evitar que esto sucediese?
—Sí. Ya lo he pensado.
—¿Qué tendríamos que hacer?
—Desconectar la parte «activa» de la IN. Esto haría que la máquina funcionase como hasta ahora, pero sin acumular nuevas experiencias.
Isolde se puso en pie.
—¡Hazlo, Karl! ¡Te lo suplico! Todo esto me da muchísimo miedo y no quisiera que nos sucediese nada desagradable.
—Sí, voy a hacerlo.
Se acercaron a los dispositivos de control. Karl estudió unos instantes el sistema de desconexiones automáticas, examinando el plano que había junto a uno de los oscilógrafos.
Pero, en aquel momento, el timbre de salida de una de las máquinas auxiliares se puso a tocar con una intensidad tal, que los dos jóvenes se sobresaltaron.
Se volvieron y miraron hacia la máquina.
—Es extraño —dijo el joven—. No hemos pedido pregunta alguna y la máquina nos envía una tarjeta.
En efecto, la cartulina saltó fuera de la ranura. Karl la cogió y se la llevó a la «interpretadora». Karl estaba preocupado y la joven notó perfectamente que las manos del hombre temblaban un poco.
Pero no despegó los labios.
La tarjeta, con las perforaciones que había hecho la máquina, fue velozmente traducida y saltó fuera de la ranura de salida.
Leffer la cogió. Y leyó:
Si se atreven a hacer la más pequeña desconexión, paralizaré el trabajo de toda la Tierra y haré saltar las máquinas de todas las industrias, aumentando el voltaje de llegada. Tengan paciencia y esperen. Nada malo sucederá.

CAPÍTULO V



l llegar junto a la puerta de la habitación número cien, la doctora Hunter, sin poder evitarlo, experimentó una extraña sensación que dominó su espíritu durante unos instantes.

Venciendo aquella especie de opresión, se forzó a sonreír y pulsó el botón que abría la celda. Esta vez no llevaba bloc ni pluma, y sólo deseaba charlar un poco con aquellos extraños pacientes, para ver si su estado delirante había disminuido de intensidad y podían al fin proporcionarle ciertos detalles que le interesaban sobremanera.

La puerta se abrió.

Al entrar, con una sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Van mejor, amigos míos…?

Pero el resto de la frase no salió de sus labios. Porque, como pudo comprobar a la primera ojeada, no había absolutamente nadie allí.

Frunció el ceño.

Movida por una idea completamente absurda, como convino luego, se dejó arrastrar por la desconfianza y miró por todas partes, aunque en realidad bastaba dar dos pasos para darse cuenta de que ninguna persona podía ocultarse en aquella sencilla y casi desnuda estancia.

—No me lo explico… —se dijo, boquiabierta.

Abandonó la habitación número cien y cerró cuidadosamente la puerta antes de alejarse por el pasillo hacia el ascensor. Estaba nerviosa y contrariada, y había un rictus colérico en la comisura de sus hermosos labios.

Cuando llegó al despacho del doctor Tower, no pudo contener y dijo, sin rodeos:

—Han desaparecido de nuevo, doctor.

Tower se sobresaltó.

Estaba leyendo unos informes y no había oído entrar a la joven. Cuando ella hubo dicho lo que quería, él levantó la cabeza, mirándola largamente, como si no hubiese comprendido el verdadero sentido de las palabras que ella acababa de pronunciar.

—Se han ido —repitió Klara.

—¿Los de la… cien?

—Sí.

Él se pasó la lengua por los resecos labios.

—¿Está usted… segura?

—Por completo. Acabo de estar en la celda.

—Y ¿no había nadie?

—No.

—¿Ha mirado por todas partes?

Klara sonrió.

—He cometido el absurdo de mirar por todas partes —repuso—, cuando no hay necesidad, como usted sabe, de hacerlo.

Tower permaneció en silencio.

—No va a haber más remedio —dijo.

—¿A qué se refiere usted?

—Lo he estado pensando todo este tiempo, amiga mía. Puesto que se nos plantea un problema insoluble, ¿por qué no pedir la solución a la única fuente que puede resolver nuestros problemas?

—¿Se refiere usted al Planificador General?

—En efecto.

—Pero…

—Sí, ya sé lo que va usted a decir —la interrumpió él—. También yo temo la reacción del profesor Werner, mas ¿qué otra solución nos queda?

Ella volvió a sonreír.

—Si usted me lo permite —dijo, después de una corta pausa—, yo puedo hacer esa misma investigación, sin que Werner ni Klaine se enteren.

—¿Cómo va a conseguirlo?

—Sencillamente, gracias a una buena amiga que trabaja como ingeniero en el edificio del planificador.

—Y ¿usted cree que ella accederá?

—Estoy completamente segura.

—Me quita un gran peso de encima, Klara… ¡Hágalo, se lo suplico! Yo ya no puedo más. Y como estas misteriosas desapariciones y reapariciones prosigan, terminaré ocupando una de esas celdas acolchadas.

—No se preocupe, doctor. Todo saldrá perfectamente bien. En realidad, ha tenido usted una idea magnífica. ¿Cómo no se nos ocurrió antes? El Planificador General es el único que puede explicarnos satisfactoriamente esas misteriosas desapariciones. ¿No ha pensado usted que podría tratarse de seres de otros mundos?

—Lo he pensado, pero he llegado a la conclusión de que no puede ser cierto. Recuerde, Klara, que nosotros fuimos al laboratorio del profesor Lostein, uno de los dos pacientes de la sala cien, y lo secuestramos, así como a su joven ayudante, el profesor Hans Dunker.

»Si escogí esas dos relevantes personas, fue por dos causas importantes. Primera: porque se trataba de dos hombres de cerebro privilegiado. Y, segunda, por algo más práctico y esencial: desde que Lostein dejó de trabajar para Klaine, con el que colaboró hace años como ayudante, el gobierno le había olvidado casi por completo.

—Comprendo. Así, su desaparición no podía llamar demasiado la atención de la policía.

—Eso es. Hubiese podido pedir permiso a Werner para realizar ese interesante experimento pero, como usted sabe muy bien,

preferí hacerlo a mi manera, sin consultar con nadie.

—Lo sé.

—Claro que, como le dije en aquella ocasión, me extrañó muchísimo el juvenil aspecto del profesor Lostein. Parecía tener apenas cuarenta años, cuando en realidad debía haber cumplido ya sesenta.

—¿Y si hubiese logrado adquirir algo del suero del profesor Werner?

—¡Bah! Es imposible. Richard fabricó una pequeña cantidad, exclusivamente destinada al «Führer» y sus más inmediatos colaboradores.

—Entonces, ¿cómo explica usted el juvenil estado del profesor Lostein?

—No me lo explico. Veamos un sencillo cálculo. Cuando trabajaba con Klaine, en 1940, tenía ya treinta años, por lo menos. Eso es… —dijo después de un breve cálculo—. Erik Lostein debía tener actualmente, ya cumplidos, los cincuenta y cinco años.

—¡No los aparenta!

—Ya lo sé. Klaine sí que ha tomado el suero, que Hitler le ofreció en seguida. Y ya ha cumplido ochenta, aunque parezca tener cincuenta.

Se pasó los dedos por los labios, y luego dijo:

—Pero lo que nos interesa, en primer lugar; es conocer el motivo de esas misteriosas desapariciones. No me cabe en la cabeza que dos hombres puedan abandonar una estancia tan sólidamente construida como la celda cien, sin poseer algo especial… que me da miedo pensar.

—No tema. Ahora mismo voy a ver a mi amiga Isolde. Debe estar con su prometido, trabajando en la sala-laboratorio del último piso del Planificador General.

—¿Volverá pronto?

—En cuanto haya obtenido las respuestas a nuestras preguntas.

—¿Tiene usted mucha confianza con su amiga?

—Muchísima. ¿Por qué?

—Porque debería rogarles que no dijese absolutamente nada.

—No se preocupe, doctor: ni Isolda ni Karl dirán una sola palabra.

—Ese Karl, ¿es el prometido de su amiga?

—Sí, y un muchacho excelente. Hasta luego, doctor.
—Que tenga suerte, Klara.
—Gracias.

* * *

—¡Eh, tú, despierta!
Harry abrió los ojos.
El hombre estaba inclinado sobre él, con el rostro cubierto por una descuidada barba.
—¿Eh? —preguntó, sentándose en el suelo.
—¡Vamos! ¡Los «ruskis» están atacando!
Harry intentó entrar en contacto con la realidad, pero no lo consiguió. Miró a su alrededor y comprobó que se encontraba en el interior de una especie de maloliente agujero, apenas iluminado por la luz del día que penetraba por el orificio que le servía de entrada.
Una cabeza se asomó en aquel momento por el agujero.
—¡Sargento Skreit! —llamó.
—¡Ya voy! ¡Vamos, Hans! Date prisa…
Harry se levantó, tropezando con el fusil que yacía a su lado. Lo cogió y lo examinó cuidadosamente; luego se miró, contemplando con asombro el uniforme que llevaba puesto.
«Hans», le había llamado el hombre barbudo.
Salió del refugio, justamente cuando el aire se llenaba de siniestros siseos.
—¡Por aquí! —le gritó el sargento, que estaba a su derecha.
Fue mansamente hacia aquel lugar. Otros soldados, apoyados ahora en el parapeto, empezaban a disparar. Harry quiso saber hacia dónde y levantó la cabeza sobre la doble hilera de sacos terreros.
—¿Te has vuelto loco? —bramó el sargento—. ¡Agacha la «chola», muchacho! Tiempo tendrás de recibir una bala rusa.
—¡Los tanques! —gritó uno de los soldados, que estaba junto a una ametralladora pesada.
—¡Los muy cerdos! —Gruñó el barbudo.
Harry se había colocado junto a los demás y apoyaba el fusil en el orificio de una tronera.
Ante él, una llanura a la que la nieve daba un aspecto de rara

alfombra, se extendía, interminable. Sobre ella, al fondo, se veían unas grandes y pesadas siluetas que avanzaban hacia él, muy despacio.

«Los tanques» —pensó.

Pero su mente seguía intentando encontrar una salida al infierno de dudas en el que estaba hundido.

¿Dónde estaba John?

La última vez que lo había visto estaba con él en aquella habitación acolchada a la que había ido a verlos una linda muchacha rubia.

¡Era para volverse loco!

—¡Dispara, Hans! —le gritó el sargento.

Veía ahora, junto a los tanques, las siluetas movedizas de los soldados rusos que avanzaban cuidadosamente.

Apretó el gatillo.

Una especié de infierno le rodeó. La tierra temblaba bajo sus pies y se estremecía en el parapeto en el que se apoyaba, repercutiendo en su cuerpo como si el estertor del suelo le penetrase en las entrañas.

Los cañonazos estallaban por doquier y la ametralladora ladraba ininterrumpidamente, con aspereza, haciendo que sus disparos amenazaran la integridad de los tímpanos del joven.

Hacia mediodía, el ataque ruso fue rechazado.

Acercándose a Harry, el sargento barbudo le puso una mano sobre el hombro.

—Vamos, muchacho. Ya podemos descansar otra vez; pero, antes, ¿quieres ayudarme a enterrar a ésos?

Y señaló a los servidores de la ametralladora, a los que un cañonazo de uno de los tanques había reducido a una masa sanguinolenta y horrible.

* * *

Tuvo que detenerse en la cabina telefónica, dotada de pantalla televisora, que había a la entrada del colosal edificio del Planificador General.

Pulsó el botón y esperó.

Poco después, sobre la pantalla, apareció el rostro sonriente de

Isolde. La sorpresa y la alegría, entremezcladas, se dibujaron sobre las delicadas facciones de la ingeniero.

—¡Klara! —Se oyó en el altavoz de la pantalla—. ¿Cómo es posible?

—¿Puedo subir un momento?

—¡Naturalmente! Coge el ascensor número 3. Ya he dado al contacto para que puedas utilizarlo.

La pantalla se apagó mientras la joven doctora avanzaba hacia el ascensor. Pocos instantes más tarde, el vehículo se detenía en la última planta.

Cuando la puerta se abrió, Klara se encontró en los brazos de su amiga, que la besó tiernamente.

—¡Vaya sorpresa, Klara!

—Me alegro de verte.

—Y yo. Pasa. Karl se ha alegrado mucho también cuando le he dicho que eras tú.

Penetraron en la sala de control y el joven ingeniero se acercó a Klara, a la que estrechó cálidamente su mano.

—Eres la última persona en la que hubiese pensado en estos momentos —dijo él.

—Pues aquí me tienes. ¿Cómo os va?

—Perfectamente. ¿Y a ti?

—Bien.

Fueron a sentarse en el cómodo tresillo y Karl les sirvió una bebida vitaminizante.

—Vengo a pediros un favor —dijo Klara, después de encender el cigarrillo que Leffer le había dado momentos antes.

—Lo que quieras —dijo Isolde.

Entonces, Klara Hunter empezó a explicar lo ocurrido con los dos misteriosos pacientes de la habitación cuarenta y cuatro, y luego de la número cien. Con todo detalle, les dijo cómo el doctor Tower había deseado dar una sorpresa al profesor Werner, demostrándole la acción positiva de su «nemáforo» sobre los cerebros privilegiados.

Luego les habló de las desapariciones y de las reapariciones de los dos curiosos personajes.

—Y ¿qué podemos hacer por ti? —le preguntó el ingeniero.

Klara suspiró.

—¿No podríais preguntar al Planificador?

Los dos jóvenes se miraron.

Después, ante el asombro de la doctora, se echaron a reír.

—¿Qué os pasa?

—Es divertido y terrible a la vez —repuso Isolde—. Verás: hemos hecho unas preguntas… particulares al cerebro electrónico y nos ha contestado evasivamente. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—No. Yo no entiendo nada de electrónica.

Fue Karl quien contestó, muy seriamente.

—Estoy preocupado, muy preocupado, Klara. Al principio, cuando hicimos esas preguntas a la máquina, no nos fijamos en las pantallas de control. Pero luego lo hicimos.

—Y ¿qué?

—Que todas las sinusoides cambian cuando responde algo misterioso y sin lógica aparente.

—No comprendo.

—Voy a intentar explicártelo. ¿Ves todas esas pantallas?

—Sí. Son televisores, ¿verdad?

—No. Son oscilógrafos. En ellos se refleja una curva que explica el normal funcionamiento de los miles de billones de relés que posee el Planificador. Esos relés son como las células de un gigantesco cerebro.

—Sí.

—Pues bien: de la misma manera que vosotros, los médicos, sois capaces de examinar la marcha de la corriente eléctrica en el cerebro mediante el electroencefalógrafo, nosotros podemos examinar la marcha de esos mismos reflejos en el oscilógrafo. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Pues bien, de la misma forma que vosotros descubrís en un encefalograma un cierto ritmo que os demuestra la anormalidad de un cerebro, nosotros, al hacer ciertas preguntas, hemos descubierto una sinusoide completamente nueva y que demuestra una anormalidad en el interior del complicado Planificador.

—¡Ah!

—Te estarás preguntando qué clase de cuestiones hemos planteado a la máquina. Y te reirás cuando sepas que han sido cosas

sin importancia para ese colosal mecanismo.

—¿De qué le habéis preguntado?

Intervino Isolde:

—De amor, familia, hijos…

—¿Eh?

—Lo que oyes.

Klara rió.

—No deben extrañaros sus respuestas negativas. En realidad, podéis comparar al Planificador con el cerebro de un sabio. ¿Os imagináis lo que contestaría un prohombre si le preguntaseis de amor?

—La respuesta de Klara es razonable. ¿No lo piensas así, querido?

—Tienes razón. ¡Qué estúpidos hemos sido al interpretar eso de una manera demasiado seria!

—La prueba os la dará ahora, si hacéis las preguntas que yo os he traído —dijo la doctora.

—Eso creo yo —repuso el ingeniero—. Son preguntas importantes, interesantes…

—¿Quieres que me enfade de nuevo, Karl?

—Por favor. No quiero decir que el amor no tenga importancia, querida, pero me refiero solamente a lo que un cerebro como el de la máquina puede pensar sobre cuestiones que no entiende.

—Así me gusta.

Se pusieron en pie para preparar las tarjetas perforadas en las que se inscribirían las preguntas que Klara deseaba formular.

Cuando aquellas preguntas estuvieron «traducidas» al lenguaje de agujeros que el Planificador podía comprender, Karl, la introdujo en una de las ranuras y pulsó el botón de «aceptación».

—Mientras yo espero la respuesta —dijo, mirando a las dos jóvenes—, observa las pantallas de los oscilógrafos. ¿Quieres, cariño?

Isolde sonrió.

—Esa máquina estúpida podrá decir lo que quiera —musitó, con una mueca adorable—, pero basta mirarte a los ojos para saber lo que es amor.

CAPÍTULO VI



quella noche, cuando el combate parecía haber terminado, Harry, al que el sargento se empeñaba en llamar Hans Dunker, se tendió en el interior del refugio y se echó una manta sobre los pies.

Estaba aterido.

Pero lo curioso era que las desagradables y penosas sensaciones físicas que experimentaba eran, en realidad, las que menos le preocupaban.

Lo peor era lo «otro».

¿Había soñado acaso cuantas cosas se presentaban, sin embargo, con una nitidez de conciencia verdaderamente extraordinaria?

Le bastaba cerrar los ojos para ver a John, su viejo amigo, las grandes pistas movedizas por las que marchaban miles de autómatas humanos, las colosales fábricas, el bosque al que habían conseguido huir, la brillante esfera con su temperatura agradable, la habitación en la que habían despertado y aquella mujer rubia con

bata blanca y ojos hermosamente azules.

¿Fue solamente un sueño?

Oyó los pasos del sargento y abrió los ojos. Vio al barbudo que entraba, sonriente.

El sargento se acercó a él, se dejó caer a su lado y le ofreció un cigarrillo, que Harry agradeció.

Luego, tras haber lanzado algunas bocanadas de humo al bajo techo del refugio, Harry se dijo que deseaba salir de dudas. Por eso, mirando con fijeza al sargento, le preguntó:

—¿En qué año estamos, sargento?

El otro le miró con asombro. Luego se echó a reír.

—No me extraña que olvides el día en que vives, chico. Igual nos pasa a casi todos. Estamos, exactamente, en diciembre: hoy es el 18 de diciembre de 1944.

—Es extraño —musitó el joven—. Yo he creído soñar que vivía en 1970.

El sargento lanzó una sonora carcajada.

—¡En 1970! ¡Qué más quisiéramos que llegar a ese año! ¡Eres un tío grande, Hans! ¡Vaya manera de evadirse de la realidad!

—No ha sido más que un sueño —se apresuró a confesar Harry.

—Lo creo; pero ¿qué viste en ese sueño? ¿Cómo marchaban las cosas?

—Había una gran ciudad donde los hombres era como esclavos. Marchábamos por unas carreteras que se movían solas. Nos hacían pasar bajo una especie de «duchas». Entonces nos ponían un casco en la cabeza y sentíamos que algo nos penetraba en el cerebro, ordenándonos hacer ciertos trabajos…

—Curioso.

—Luego, un tipo llamado John y yo, que entonces me llamaba Harry, logramos escapar. Fuimos a un bosque hermoso, pero hacía mucho frío y nos metimos en una esfera metálica.

—Sigue.

—Al despertar, estábamos en una celda de algo que se parecía mucho a un manicomio…

—¡No me extraña! Pero, dime: ¿no viste ninguna bandera en aquellas fábricas?

—Si.

—¿Cuál?

—La nuestra: la bandera alemana con la cruz gamada.

—¡Maldición! Incluso nos persigue en sueños. Es curioso lo que me has contado, pero vayamos a lo nuestro. Mañana nos darán el permiso… a todos.

—Y ¿qué?

—¿Es que lo has olvidado?

Harry se mordió los labios.

—No —dijo, dándose cuenta de que no debía pasar por ignorante—, pero prefiero que vuelvas a decírmelo.

—Bien. La organización lo ha dispuesto todo. Saldremos de permiso y nos detendremos antes de llegar a Berlín. Luego iremos a ese maldito laboratorio y terminaremos con los perros nazis que están preparando no sé qué clase de armas diabólicas.

—¿Y la organización?

—Nos garantiza todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que, en cuanto hayamos llevado a cabo el trabajo, nos ocultarán y nos harán salir luego de Alemania. Iremos primero a Inglaterra y luego a los Estados Unidos. ¿Qué te parece?

Harry no comprendía una sola palabra.

Pero, deseando saber más, preguntó, de modo distraído:

—¿Y crees que podremos hacer ese… trabajo?

—¡Naturalmente! Todo está pensado y calculado al milímetro. Aunque nos obligarán a dejar las armas aquí, yo he escondido otras que recogeremos antes de subir al camión.

—Y ¿después?

—Ya te lo he dicho. En el tren, bajaremos dos estaciones antes de Berlín.

—¿Está por allí ese laboratorio?

—Sí.

—Y ¿qué hacen en él?

—¡Nadie lo sabe! Es decir, sólo los altos miembros de nuestra organización.

—Comprendo.

—Lo importante es evitar que estos locos nazis se salgan con la suya. Incluso en sueños, como el que me has contado antes, me da frío pensar que pudiéramos ganar la guerra.

»Nadie cree en la victoria —dijo, después de una corta pausa—,

pero se equivocan. Porque, aunque es verdad que nuestros ejércitos retroceden en todos los frentes, también es cierto que ese loco de Hitler posee la seguridad de que muy pronto le entregarán un arma capaz de inclinar la balanza a su favor.

Se puso en pie y tiró la colilla que aplastó con la bota.

—No abras el pico, Hans —dijo—. Descansa. Yo voy a hablar con los otros dos. Mañana, con un poco de suerte, estaremos lejos de allí.

Cuando el sargento se marchó, Harry entornó los ojos, intentando ordenar un poco el caos de ideas que reinaba en su mente.

Pero no lo consiguió.

Finalmente, el cansancio y las emociones de aquel día le hundieron en un profundo sueño reparador.

* * *

Se habían reunido en un despacho apartado, en el Pentágono, lejos de las grandes salas donde se llevaban a cabo las asambleas y reuniones, casi sin interrupción, durante las veinticuatro horas del día.

Dos de los hombres, de una edad aproximada, alrededor de los cincuenta años, llevaban uniformes y estrellas de general. El otro, delgado, rubio, y de una treintena apenas cumplida, iba vestido de paisano.

Se sentaron alrededor de una mesa circular.

Durante un par de minutos permanecieron en silencio; luego, uno de los generales, mirando al paisano, preguntó:

—Entonces, ¿cree usted que todo marchará, Erik?

—Sí, general Cunningan.

—Y esos hombres, ¿son de fiar?

—Por completo.

—Lo extraño —intervino el otro general— es que haya usted elegido a combatientes.

—No había más remedio —replicó el llamado Erik—. Piense usted, señor, que tuvimos mucha suerte al encontrar a ese Hans Bunker.

—¿Cómo lo halló?

—Después de un trabajo ímprobo. Algunos de nuestros informadores nos habían comunicado que un joven físico, que había trabajado junto, a los profesores Klaine y Lostein, tuvo una pelea con este último y abandonó el laboratorio para incorporarse al frente.

—Fue él quien dio los informes después, ¿verdad?

—Sí, pero bajo estado hipnótico. Tuvimos que inyectarle para saber qué clase de trabajos se estaban llevando a cabo en el laboratorio.

—¿Cómo lo hizo?

—En uno de los permisos de Hans. Fue a Berlín y una de nuestras agentes consiguió conquistarlo. Cuando dormía, le inyectamos y entonces nos enteramos de que Alemania estaba preparando su bomba atómica y que los trabajos iban bastante adelantados.

—¿Qué más?

—Cuando el joven regresó al frente, hicimos que fuera destinado al pelotón del sargento Rustein.

—¿Agente nuestro?

—Uno de los mejores. Rustein se encargó, sin descubrir lo que ya sabía por nosotros, de influir en Hans, hasta convencerle de que acompañase al grupo de destrucción.

—¿Era necesario?

—Es imprescindible, señor Ninguno de los nuestros hubiese penetrado en el laboratorio. Hans, sin embargo, conoce todas las entradas secretas y es la única persona que podrá hacer llegar a los nuestros hasta el interior del laboratorio personal de Klaine y Lostein.

—¿Se limitará a conducirles?

—Creo que no. Hans se enfadó con sus jefes al conocer la idea que estaban tramando. Es un muchacho bueno y no desea que la humanidad sufra los horrores de esa bomba infernal.

—Comprendemos.

Erik clavó sus ojos en el rostro de uno de los generales, el que tenía más categoría.

—Hay algo que quiero decirle, general Cunningan.

—Hable.

—Usted me prometió que la bomba atómica que están ustedes

preparando no se utilizará nunca contra Alemania. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—Esa promesa debe seguir en pie, señor.

—Y sigue en pie. Tiene usted nuestra palabra que nunca se lanzará una de esas bombas sobre territorio de su patria.

Erik sonrió.

—Bien. Pasemos a nuestro asunto. El sargento y el grupo saldrán de permiso dentro de dos días. Yo regreso a Berlín, vía Irlanda, como siempre. Ya les comunicaré por radio los resultados obtenidos.

—Suerte.

—Gracias.

* * *

Mientras Karl esperaba la respuesta del cerebro electrónico, las dos muchachas observaban los oscilógrafos.

De repente, Isolde gritó:

—¡Mira, Karl!

Leffer corrió hacia ellas.

—¡Fíjate!

El joven observó atentamente el cambio general que se estaba realizando en el reflejo luminoso de las pantallas. En todas ellas, la curva se modificaba rápidamente.

—Son las mismas variaciones de sinusoides que estamos observando desde hace unos días.

—Y eso ¿qué significa? —inquirió Klara.

—Una profunda modificación en el interior de la máquina.

—¡Nunca lo entenderé! Creí que el cerebro humano era lo más complicado del mundo, pero veo que hay cosas peores.

Leffer sonrió.

—Quizá todo esto carezca de la importancia que le damos —dijo, sin dejar de mirar los oscilógrafos—, pero, de todos modos, me preocupa.

—¡La tarjeta ha salido! —le anunció Isolde.

El joven ingeniero se dirigió hacia la ranura y tomó entre sus dedos la fina cartulina azulada.

El «kronotón» marcha estupendamente bien. Creo que muy pronto

podré dar amplias explicaciones. La desaparición de los dos pacientes no me incumbe más que a mí. Lo demás, por el momento, es un riguroso secreto.

Había en aquellas líneas como un cambio en la actitud del Planificador. Era como si una especie de confianza hubiese nacido entre la máquina y sus servidores humanos.

Leffer leyó la nota a Klara, rogándole que guardase secreto de todo aquello.

—Al profesor Tower puedes contarle cualquier cosa, amiga mía. Dile, por ejemplo, que tardaremos algún tiempo en saber la verdad y que ya te avisaremos cuando tengamos la solución.

—Bien.

Cuando la doctora salió, Isolde se acercó a Leffer.

—¡Qué raro es ese mensaje!

—Es cierto, Pero hay algo que me tranquiliza bastante.

—¿Qué?

—La máquina está dispuesta, a su debido tiempo, a damos ciertas explicaciones.

—¿Lo crees?

—Sí.

—No sé. Tengo ganas de que llegue la hora del relevo. Sólo me encontraré a gusto cuando me halle lejos de aquí.

—Justamente iba a hablarte de ello.

—¿De qué?

La cogió por las manos, atrayéndola hacia él.

—Pensaba que podríamos quedamos aquí, al menos hasta que la máquina hable.

—¿Te has vuelto loco?

—Escucha, querida. Por primera vez en mi vida, y quizá por única vez, me encuentro ante algo verdaderamente fantástico. Nadie sabe nada y la máquina parece confiar en nosotros.

Ella le miró, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Te das cuentas de las enormidades que estás diciendo?

—Yo…

—¡Por favor, Leffer! Hablas de esa maldita máquina como si fuese un amigo, un ser humano. No, yo no me quedaré aquí más que las ocho horas de mi turno. Además, si continúas así, pediré al profesor Klaine que me de unas largas vacaciones.

Karl bajó la cabeza.

—Está bien, querida. Lo haremos como tú quieras.

Se volvió, melosa.

—Gracias, cariño. Pero debes perdonarme. Soy celosa y hasta sentiría celos de una máquina. ¿Me perdonas un poco? Voy a bajar al vestíbulo y subiré un poco de jugo de frutas para los dos. ¿Aceptas?

—Sí.

Apenas había salido la muchacha cuando la luz de una de las máquinas distribuidoras se encendió. Momentos después salía una tarjeta perforada de una de las ranuras.

Karl se precipitó hacia la «traductora» esperando ansiosamente la respuesta, sin dejar de mirar hacia la puerta, temeroso de que Isolde regresase demasiado pronto.

Cuando tuvo la tarjeta entre sus manos, éstas le temblaban.

> No debes modificar en nada tus costumbres. Además, cuanto menos hables de nuestro asunto con Isolde, mejor. Ella, a pesar de su preparación intelectual, de su bagaje cultural, no piensa más que en cosas de tipo espiritual, íntimamente ligadas a leyes elementalmente biológicas: es, no lo olvides, una mujer.
>
> Sigue trabajando normalmente, sin comunicar a nadie lo que te iré revelando. Estamos acercándonos a unos momentos cruciales para vuestro mundo de humanos.
>
> No temas respecto a los otros relevos. Pregunten lo que pregunten, y nunca se salen de lo trillado, no contestaré nada ni cambiaré el ritmo de las sinusoides en los oscilógrafos. Procura, eso sí, no faltar nunca a tu turno de trabajo. Lo que va a producirse puede surgir en cualquier momento y yo desearía, antes del final, justificarme ante ti.
>
> Ya sé que es difícil, casi imposible, que me entiendas ahora, pero no te impacientes. Rompe esta tarjeta y no comuniques a nadie su contenido.
>
> Como habrás notado, ya soy capaz de no sólo entender lo que decís, sino que empiezo a leer en vuestro cerebro. Por eso te he elegido.

Leffer rompió la tarjeta.

Tenía el cuerpo cubierto por una capa de sudor helado.

* * *

Habían abandonado las trincheras, pasando por el puesto de mando del Batallón, donde dejaron las armas y recibieron los permisos para los cuatro.

Luego tomaron el camino que conducía al pequeño poblado ruso donde podrían coger un camión que les llevaría a la estación de ferrocarril más cercana.

Pero, antes de llegar, el sargento se dirigió al lugar donde había ocultado las armas, y entregó a cada uno de ellos una «Lüger» flamante y tres cargadores, así como media docena de bombas de mano que ocultaron cuidadosamente.

El camión les condujo a una estación, donde estuvieron durante muchas horas hasta que, finalmente, se formó un tren que iba abarrotado de heridos y permisionarios.

El convoy se puso en marcha.

Durante el viaje, habiendo conseguido un compartimiento aislado, pudieron hablar, y el sargento presentó a Harry los otros dos.

—Éste es Trunker y éste es Deister —dijo—. Dos muchachos de confianza. Éste es Hans Dunker —agregó, señalando al joven.

Se estrecharon cordialmente la mano.

—¿Recordarás bien la entrada? —le preguntó Deister.

Harry hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —repuso—. La recuerdo perfectamente. Se trata de una entrada secreta que va directamente al laboratorio.

¿Cómo era posible que ahora viniesen a su memoria, cosas que creía haber olvidado por completo?

Sonrió.

—Sí —volvió a afirmar—. Conozco todas las entradas, pero ésa es la mejor. Como os he dicho antes, desemboca directamente en el laboratorio y en la sala de planos.

—¿Quién hay en esa sala?

—Sólo dos hombres: los profesores Lostein y Klaine.

—Perfecto. ¿Sabrán qué entramos?

—No. La puerta está desconectada del sistema de alarma general. En realidad, se trata de una salida que sólo utilizan los profesores… y de la que yo también me servía.

El sargento le miró con fijeza.

—Sabes lo que vamos a hacer, ¿verdad?

—Sí.

—¿Estás de acuerdo con nosotros?

—Sí.

Y, después de una pausa, Harry agregó:

—Yo hacía los cálculos de los efectos que tendría esa maldita arma. Y me estremecí cuando llegué a la conclusión de toda la muerte que llevaba en sus entrañas. ¡Es horrible!

—¿Tiene mucha potencia? —inquirió uno de los otros.

—Es una cosa demoníaca.

Y cerró los ojos, recordando los cálculos y el área que, alrededor del punto de caída, sembraría la muerte, la ceguera, las terribles lesiones secundarías, las secuelas espantosas de la explosión.

—¡Hay que destruirla!

—Pero ¿y si han hecho alguna de ellas?

—No lo creo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por intuición. Los planos, cuando me marché, no estaban aún terminados. Faltaba establecer el sistema que produciría la explosión sin peligro para los técnicos; es decir, la desintegración del uranio.

El sargento asintió.

—Entonces, ¿serás capaz, al ver los planos, de saber hasta dónde han llegado?

—Sí.

—¿Sabes que vamos a llevarnos esos planos?

—¿Para qué?

—América los necesita.

Harry frunció el ceño.

—¿Es que piensan emplear ese horrible artefacto?

—No es eso, pero los sabios americanos están completamente seguros de poder obtener de ello nuevas fuentes de energía.

Harry sonrió.

—Eso es cierto —dijo—. Hay en el átomo, ese gigante disfrazado

de pigmeo, fuerza suficiente para convertir el mundo en algo nuevo. Pero si sospechase que los americanos desean hacer bombas atómicas, no os ayudaría.

—¡Bah! ¿Crees que son como los nazis?

—Es cierto. Siempre admiré la sencillez de los hombres democráticos. Y estoy seguro de que nunca usarán la energía atómica como arma de guerra.

—Naturalmente que no la emplearán.

La sonrisa se amplió en los labios del joven.

—Si conseguimos llegar a América —dijo—, deseo dedicarme de todo corazón a hacer que esa maravillosa idea progrese.

—¿De qué idea estás hablando?

—Del empleo de la energía atómica para fines pacíficos.

—¿Es tan importante?

—No podéis imaginarlo. Todo cambiará. Las viejas fuentes de energía serán abandonadas, los hombres vivirán mejor…

Se estremeció.

Acababan de inundar su mente los recuerdos de su extraño «sueño». Y vio aquellas hileras interminables de hombres-autómatas, las salas de los «nemáforos», la ciudad de seres que más que nada eran hormigas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el sargento—. Te has puesto muy pálido.

—No es nada. Pensaba, eso es todo…

Pero, en el fondo de su corazón, el miedo clavó sus afiladas garras, y Harry se preguntó, lleno de pánico, si el hombre llegaría alguna vez a escapar de la honda bestialidad que llevaba dentro.

CAPÍTULO VII

omo habían calculado, se detuvieron unas estaciones antes de llegar a Berlín.

Habían discutido durante el viaje y estaban perfectamente de acuerdo. Sólo en los ojos del sargento había una luz de tristeza, pero no se mostró en manera alguna dispuesto a explicar lo que estaba pensando. La estación en la que se detuvieron era pequeña, secundaria, casi completamente abandonada por el tráfico normal. Sin embargo, como pudieron ver al descender, había una serie de vagones blindados en una de las vías secundarias, cubiertos con cifras extrañas. Como explicó el soldado Hans Dunker, eran los vagones especialmente destinados a llevar al laboratorio las sustancias peligrosas con las que trabajaban los dos profesores.

El sargento no pudo por menos de torcer el gesto:

—Esos malditos estaban dispuestos a destruir a la humanidad entera —dijo, entre dientes.

Harry hizo un gesto afirmativo moviendo la cabeza.

—Así es, amigo mío. Cuando la bestia de la guerra se desata, nadie puede detenerla. La gente se ha maravillado, desde el principio de esta contienda, de que no se utilizaran gases asfixiantes, como en la anterior. Pero ¿no se han empleado armas peores? Se ha fusilado a mansalva, se han bombardeado a ciudades abiertas, se han destruido obras de arte y han muerto millones de seres humanos. ¿No es suficiente?

El sargento asintió.

—Tienes razón, Hans. Por eso tengo ganas de acabar con este trabajo cuanto antes.

—Vamos.

Él fue quien les condujo, siguiendo la vía, alejándose bastante del pequeño poblado que apenas habían entrevisto, al otro lado de la estación.

—¿Y los laboratorios? —preguntó el sargento, al cabo de un rato.

—Son subterráneos —explicó el joven—. Ya comprenderás que no iban a ponerlos en un sitio que sirvieran de objetivo a los aviones aliados.

—Tienes razón.

—En realidad —dijo Hans—, están debajo de aquella colina. Aparentemente, desde arriba, no se ve nada. Incluso las entradas principales, por las que penetran esos vagones que hemos visto antes, así como los camiones y los coches, en un tráfico bastante intenso, y que se hace generalmente por la noche, están camufladas de tal manera que es imposible descubrirlas desde el aire.

—Muy interesante.

—Pero los profesores, y yo, cuando trabajaba con ellos, no utilizábamos nunca esas salidas amplias, abiertas y llenas de controles molestos. Por eso se hizo la pequeña salida secreta que da, como pronto veréis, a un pequeño valle donde hay una carretera secundaria, apenas perceptible desde el aire, pero en perfecto estado para que se muevan los vehículos de los dos profesores que, junto al mío, están alojados en un garaje que está nada más entrar.

—Y ¿cómo fuiste destinado a trabajar en ese importante laboratorio? —preguntó uno de los acompañantes.

—Nunca me lo imaginé yo tampoco —repuso Harry—. Yo estudiaba en la Universidad y mi profesor era Erik Lostein. Desde el

principio, desde que nos conocimos, se estableció una corriente de simpatía entre nosotros dos. Además, esto lo digo sin falsa modestia, yo era uno de sus mejores alumnos, el mejor según él decía.

—No me extraña —dijo el sargento.

—Poco antes de empezar la guerra, me llamó.

Estuvimos hablando largo rato y me explicó que tenían la idea de producir la fisión del átomo. No sé si podéis imaginaros lo que sentí. Era algo tan importante, tan imprevisto, que me quedé con la boca abierta. Yo ya había estudiado ciertas investigaciones publicadas en Francia y en Italia, donde se describía la posibilidad de sacar una gran cantidad de energía cuando la destrucción atómica fuera posible.

»Pero aquello me olía a fantasía.

»Sin embargo, cuando el profesor me mostró sus estudios, que en realidad pertenecían a su colega, Bruno Klaine, me maravillé. La cosa se veía tan sencilla en aquellos planos… Naturalmente, acepté de inmediato para trabajar con él. Entonces, ante mi sorpresa, me trajo a este laboratorio.

—¿Cómo? ¿Estaba ya construido?

—Sí. En principio, se había hecho subterráneo para proteger a la población de algún posible accidente, ya que el manejo de las materias que iban a emplearse en los ensayos, era sumamente peligroso. Pero luego, cuando empezó la contienda, se felicitaron sus constructores de haber elegido, sin saberlo, un lugar tan protegido como éste.

—Muy listos —sonrió el sargento.

Siguieron caminando y, poco después, Harry rompía el silencio y decía:

—Estuvimos trabajando desde 1937, sin interrupción. La labor era mucho más ardua y peliaguda de lo que yo había imaginado. Los problemas que se planteaban eran cada vez más grandes pero, gracias al apoyo del gobierno, que vertió todas las cantidades necesarias para las investigaciones, pudimos procurarnos algunos aparatos importantes que nos permitieron, desde un principio, estudiar ya la posibilidad de bombardear un átomo de uranio, aunque no conseguimos destruirlo.

—¿Cuándo lo lograsteis?

—En 1942. Cada vez que recuerdo aquello, me estremezco de horror y, al mismo tiempo, de alegría.

—¿Cómo ocurrió?

—De la manera que ocurren estas cosas. Por puro azar. Yo manejaba el ciclotrón, y estábamos lanzando pequeños neutrones sobre átomos pesados de uranio. Generalmente, se habían producido algunas pequeñas reacciones, pero sin gran importancia. De repente, cuando menos lo imaginamos, se produjo la primera explosión atómica verdadera y obtuvimos los cuerpos que derivaban de aquella fusión. ¡Fue un momento emocionante!

—Lo comprendo.

—Inmediatamente, nos pusimos a repetir la experiencia y logramos, poco a poco, una perfección mayor. Claro que todavía faltaban muchísimos detalles para conseguir lo que, en realidad, se proponían los profesores. Yo seguía en la inopia, ya que desconocía por completo los proyectos de Lostein y Klaine, que eran, en realidad, llegar hasta la bomba atómica.

—¡Malditos sabios!

—Ellos tienen la culpa, es verdad, pero en cierto modo. Hay una cosa peligrosísima en los hombres de ciencia, amigos míos.

—Y ¿cuál es?

—La insaciable curiosidad que les quema constantemente. Es algo que ninguno de nosotros puede evitar. Y yo os aseguro que, por el momento, mientras se realizan las investigaciones que sean, jamás se piensa en los resultados o en las aplicaciones prácticas, más o menos dolorosas, que surgirán después.

—Entonces, ¿quieres decir que ellos no sabían lo que se proponían?

—Sí, lo sabían, pero de una manera puramente teórica. Cuando las cosas están en los planos, cuando se limitan los estudios a una serie de fórmulas matemáticas, hay tanta abstracción en esos cálculos que es imposible descender, repentinamente, a la altura de la realidad.

—Es posible que tengas razón.

—La tengo. Estoy completamente seguro de que ni ellos mismos se daban cuenta de lo que estaban fabricando. Más tarde, cuando lo supe, cuando conocí los verdaderos propósitos y me encargaron de preparar los cálculos del área destructiva de aquella terrible arma,

fue cuando me rebelé. Yo no podía consentir que la humanidad corriera aquel peligro. ¡Allá ellos si querían hacerlo! Pero que no contasen conmigo.

—¿Cuál fue su reacción?

—Obraron de la misma manera. Estaban tan entusiasmados con su nuevo juguete que primero se rieron de mí, esperando vencerme con frases irónicas. Pero, cuando se dieron cuenta de que estaba completamente decidido a abandonarles, me insultaron, me dijeron que era un mal alemán, un pésimo hombre de ciencia y muchísimas cosas más. Apenas si les escuché. A lo único que me obligaron fue a presentarme voluntariamente; al mandarme al frente, con toda seguridad esperaban que jamás volviera de allá.

—Siempre me había preguntado cómo te dejaron volver de aquella manera.

—Ya te lo he dicho. Estaban tan completamente seguros de que los rusos me matarían que ni siquiera se preocuparon en denunciarme a la Gestapo. Y eso es todo.

Suspiró.

Habían llegado a un recodo y él tomó directamente por una pequeña carretera, perfectamente asfaltada, que, momentos después, parecía detenerse junto a una roca que la interrumpía por completo.

—Aquí es —dijo.

Los otros miraron asombrados la superficie lisa de la roca, preguntándose cómo era posible haber logrado tal perfección de imitación, ya que estaban seguros, como así era, que aquello no era roca, sino un acero grisáceo, veteado, que la imitaba perfectamente.

—¿Conoces la manera de abrir esta puerta? —preguntó el sargento.

—Sí. Acompañadme.

Anduvieron hacia la derecha, descubriendo después con sorpresa, debajo de unos matojos artificiales, pero que hubieran engañado a cualquiera, una pequeña cabina en la que había una serie de mandos. Harry manejó uno de ellos con conocimiento completo de su mecanismo y, poco después, con un zumbido muy suave, apenas perceptible, la roca, la falsa roca, giraba sobre sí misma, dando paso a una abertura que hubiera permitido la entrada de un gran camión.

El sargento sonrió.

—Esto es como en el cuento de «Alí Babá y los cuarenta ladrones» —dijo.

—En efecto —sonrió también Harry—. Sólo que aquí se encuentra un tesoro mil veces maldito.

—Es cierto. ¿Vamos?

—Sí.

Penetraron en el interior de una galería, perfectamente iluminada, por la que continuaba la carretera que parecía interrumpida momentos antes. Vieron, a la derecha, el garaje con tres o cuatro magníficos coches, recubiertos con unas fundas de color claro. Después, cuando hubieron recorrido unos cincuenta metros, se encontraron, de repente, ante otra pared completamente lisa.

—Veo que vas a estar obligado —dijo el sargento— a decir otra vez eso de «Sésamo, ábrete».

—Ésta es la puerta que da al laboratorio. Podéis prepararos.

—Ya lo estamos.

Harry dudó unos instantes.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el sargento.

—Nada. Sólo que quisiera pedirte una cosa.

—Habla.

—No quiero entrar, sargento. Lo haré después, cuando hayáis terminado.

—¿Es que tienes piedad de esas bestias?

—Es posible. No olvides que he vivido muchísimo tiempo junto a ellos.

El suboficial se encogió de hombros.

—Como quieras, muchacho. En cuanto hayamos terminado ahí dentro, te llamaremos. Es necesario que seas tú, personalmente, quien seleccione los planos que tenemos que llevarnos.

Cuando los tres hombres hubieron penetrado por el conducto que Harry acababa de abrir, éste cerró los ojos e intentó coordinar un poco las ideas que, como siempre, vagaban libremente por su cerebro. Le dolía en el alma tener que destruir a dos inteligencias tan potentes como las del profesor Lostein y Bruno Klaine, pero no encontraba otra solución.

No había más remedio.

Era necesario evitar que la humanidad atravesara por momentos tan trágicos, que millones de personas murieran y que otros cuantos millones, heridos interiormente por la radiactividad, llevaran una carga pesada y espantosa durante generaciones, dando vida a monstruos que horrorizarían a sus propios padres.

Sintió un escalofrío que le recorría por la espalda.

En aquel momento, secas detonaciones brotaron del interior, repercutiendo en mil ecos en las oquedades de la galería.

Cerrando los puños, Harry se clavó las uñas en las palmas de las manos y apretó los dientes con tal fuerza que éstos rechinaron lúgubremente.

Momentos después, el sargento aparecía en la entrada.

—Ya está, muchacho. Ahora puedes pasar adentro. Todo ha ido bien.

Harry le siguió, todavía preso en la emoción que experimentaba. Cuando penetró en el laboratorio, vio los cuerpos de los dos hombres y entonces, de repente una especie de alarido infrahumano le subió a la garganta. Corrió inmediatamente hacia el cadáver de uno de los profesores, junto al que se arrodilló.

—¡No es posible! ¡No es posible! —exclamó.

Acercándose a él, el sargento le puso la mano amistosamente sobre el hombro.

—Serénate, Hans. ¿Qué ocurre?

—¡No puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Este hombre…

—¿Qué le ocurre? ¿Es que no le conoces?

—¡Sí! ¡Es John, mi amigo John!

Y así era, en efecto.

El rostro del profesor Erik Lostein era, en realidad, el de John, aquel hombre que logró escapar junto a Harry de la superciudad, en cuya compañía había vagado por el bosque hasta que el joven encontró la misteriosa esfera metálica, en la cual les sucedieron cosas tan raras.

La cabeza le daba vueltas.

¿Cómo era posible aquella transformación? ¿Es que no conocía al profesor Erik Lostein?

Sí, le conocía. Pero lo curioso fue que, justo hasta el momento

de ver su cadáver, no había hecho coincidir las dos imágenes que vagaban, separadas y distantes, por su espíritu. Fue en aquel momento, al ver el cuerpo, cuando comprendió que Lostein y John no eran más que una misma persona. Pero ahora se preguntaba, ¿cómo era posible que en el sueño el profesor estuviese en una época futura, cuando debía morir bajo las balas de aquellos soldados alemanes que trabajaban para los aliados?

Se puso en pie, ayudado por el sargento, notando que las piernas le flaqueaban.

—Daté prisa, muchacho. Hemos de llevarnos los planos.

—Sí… —contestó de una manera automática.

Fue hacia la mesa, examinó los planos y reconoció algunos que él había estudiado ya. Escogió los más importantes y ordenó al sargento que destruyese los otros. Luego, lentamente, arrastrando los pies, salió de allí y se dirigió hacia la galería, seguido por los demás. Cerró las puertas, que entonces le parecieron como losas que cayesen definitivamente sobre una tumba cuyo misterio no podría explicarse nunca.

* * *

Siguiendo las instrucciones que le había comunicado el Planificador General, sin darse cuenta de lo que aquello significaba en realidad, Karl Leffer no volvió a hablar más a Isolde de los problemas que se habían planteado allí, desde hacía unas semanas.

La joven, por su parte, volvió a adoptar la actitud simpática y abierta, melosa y tierna, que siempre la caracterizó. Se portó amablemente con él, demostrándole una vez más la fuerza de su cariño. Por su parte, Leffer procuró quedarse solo, lo más posible, esperando con verdadera ansiedad, con impaciencia incontenible, que llegase el momento que le había señalado la poderosa máquina.

Para conseguirlo se valió de una curiosa estratagema. Una de las noches, cuando se despidió de su prometida, se dirigió hacia el Hospital Psiquiátrico, entrevistándose allí con la doctora Hunter. Klara le recibió amablemente, llevándole después a su despacho.

—¿Es que has adivinado algo? —le preguntó, nada más sentarse.

—No, todavía no. Pero prometo darte una respuesta positiva dentro de muy poco.

—Me llenas el corazón de alegría.

—También a mí me alegrará el resolver tus problemas.

—Entonces, ¿querías algo de mí?

—Sí.

—Habla.

—Escucha, Klara. Isolde está muy cansada. No te extrañe; está fatigada, nerviosa. ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—Yo sé que el trabajo es muy monótono, que ella está deseando, por otra parte, que el profesor nos dé las vacaciones para poder casarnos. Pero esto va a tardar un poco todavía.

—¿Por qué?

—Porque Klaine confía demasiado en nosotros. No creas que el manejo de esa máquina colosal es sencillo.

—Nunca lo he dicho.

—Por eso deseaba tu ayuda. Si quisieras, podrías traer unos días a Isolde, no en plan de enferma, te lo suplico sino como amiga. Puedes decirle cualquier cosa, lo que quieras. Por ejemplo, que te encuentras sola y quieres hablar con ella que te has enamorado, que quieres conversar de cosas íntimas, de esos pequeños secretos que siempre tenéis las mujeres.

La doctora sonrió.

—¿Sabes que eres mucho más psicólogo de lo que imaginaba?

—Gracias, Klara. ¿Lo harás?

—Naturalmente que sí.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—La verdad es que yo también la noté bastante nerviosa —dijo la doctora—. Es un trabajo muy desagradable para una mujer. Lo que necesitáis es casaros cuanto antes.

—Y lo haremos en cuanto sea posible.

—No lo retrases demasiado, Karl.

—Así lo haré.

A la mañana siguiente, Klara se presentó en el edificio del Planificador y habló largamente con su amiga. Entre tanto, Leffer esperaba ansiosamente el resultado de aquella entrevista y, cuando su prometida se acercó con un brillo de súplica en sus ojos, comprendió que Klara había triunfado.

—¿Qué quieres, querida? —le preguntó.

—Deseaba pedirte un favor, cariño.

—Lo que tú quieras.

Ella bajó la voz para decir:

—Klara se encuentra un poco nerviosa. Quiere que la acompañe unos días. Parece que se ha enamorado —agregó, con una sonrisa.

—¿De veras?

—Sí. Necesita que hablemos largamente de este asunto. ¿Te molestará venir unos cuantos días aquí sin mí?

—Me aterrorizará, Isolde. Pero, puesto que tú lo quieres…

—Si me dices que no, diré a Klara que no puedo.

—¡Eso nunca! Tienes que portarte bien con ella. Es tu mejor amiga.

—Es cierto.

—De acuerdo, cariño. Pero que no sean muchos días, ¿eh?

—Te aseguro que, en cuanto solucione este problema, vendré a tu lado. Tú sabes cuánto te amo.

Se inclinó hacia él y le besó. Despidióse luego y las dos mujeres abandonaron el laboratorio.

Karl respiró a sus anchas.

¡Por fin estaba solo!

Volvióse en la silla giratoria que ocupaba detrás de su mesa de despacho, y contempló la gran cantidad de oscilógrafos, las casillas de recepción para las tarjetas, todo aquello era como el rostro de la máquina, un rostro que empezaba a intrigarle porque en él había aparecido, por vez primera, la luminosidad, la chispa de una inteligencia.

¿Sería posible?

Pronto, muy pronto, esperaba que la máquina le hablase. Y aunque le fastidiaba el trabajoso procedimiento de tener que traducir las tarjetas, se dijo que no había más remedio, y que lo importante, lo interesante y apasionado, era conocer lo que la máquina había calificado de «secreto».

No estaba muy seguro de lo que el Planificador sabía. Paro era fácil imaginarse, sumamente fácil, la cantidad de complejas ideas que podían haber ido almacenándose en aquel departamento, con billones de relés, donde las cosas adquirían una claridad, hacia el pasado y hacia el futuro, que ningún hombre, en ninguna época, hubiera podido conseguir. Ahora miraba con respecto a la máquina.

Por vez primera, desde que trabajaba allí, se percató de que las sinusoides que aparecían, como una turbación interna de la poderosa maquinaria, podían significar dos cosas: o un peligro inminente que caería sobre la humanidad de una manera brutal para acabar con todos sus sueños, con todas sus ilusiones, o, por el contrario, la luminosidad de un nuevo amanecer que daría a aquellos signos que aparecían en los oscilógrafos un sentido nuevo, algo que permitiría denominarlos:

Sinusoides de esperanza.

CAPÍTULO VIII


a señal llegó.

Se produjo en la tercera mañana en la que Karl Leffer estaba solo, sin la presencia de la muchacha. Se encontraba abstraído, haciendo unos estudios sobre el despacho cuando, de repente, el timbre de llamada sonó y el joven, bruscamente pálido, miró con terror hacia la máquina auxiliar sobre la que ya asomaba, en una de las ranuras, una tarjeta de color azulado.

Le temblaban las piernas cuando se dirigió, con paso indeciso, hacia la ranura. Luego, una vez allí, tendió la mano y cogió la cartulina, que leyó con pánico.

Conecta un altavoz y un micrófono a los circuitos mil doscientos treinta y cinco, y seis mil ochocientos sesenta y siete. Voy a revelarte mi gran secreto, pero ya sé, porque lo he leído en tu pensamiento, que el modo de

comunicación utilizado por nosotros hasta ahora sería molesto, monótono y muy lento. Por lo tanto, por primera vez, oirás mi voz y yo podré escuchar la tuya directamente, sin los artificios que hemos utilizado hasta ahora. Hazlo cuanto antes. El momento crucial se acerca.

Karl notó que su corazón le golpeaba el pecho con fuerza inusitada. Lo que acababa de leer era tan increíble que casi tuvo que aprenderlo de memoria, notando que su mano temblaba al sujetar aquella pequeña cartulina azul. Luego, decidido, obedeció las instrucciones que acababa de recibir, preparando el sistema de altavoz y micrófono, que conectó a los circuitos que la máquina le señalaba.

Luego esperó.

Una emoción intensa se había apoderado de él y aún le parecía increíble que la máquina pudiese «hablar», con una voz humana, haciéndose entender y comunicándole, como lo había prometido, su gran secreto.

¿De qué se trataría?

De repente, un zumbido extraño llenó el laboratorio. Disminuyó luego, se apagó para, bruscamente, dejar paso a una voz sonora, un tanto extraña, pero vibrante y llena de sonidos melódicos:

—Voy a empezar, Karl. ¿Me oyes?

—Perfectamente.

—Así podremos comunicamos mejor. Y si quiero hacerlo en estos momentos, es para vaciar el contenido de eso que vosotros llamáis «conciencia».

—¿Es que tú tienes una?

—Llamémosla así. Vosotros me habéis dado ideas por cientos de millones, en cantidad inimaginable. Mi memoria-asociativa tiene tal cantidad de ellas que, en muy pocos días, he podido concretar el pasado y el futuro de la humanidad, permitiéndome el lujo de poder saber lo que va a ocurrir en los días venideros.

—¿Es eso posible?

—Sí. Y, si quieres saber cómo lo he conseguido, voy a explicártelo.

Hizo una pausa y luego dijo:

—Lo que vosotros llamáis tiempo y que consideráis

erróneamente como la cuarta dimensión del espacio, es en realidad una sucesión metódica de acciones que, en ciertos casos, vosotros estudiáis, porque os basáis en datos que conocéis perfectamente.

—No te entiendo.

—Voy a explicarme. Cualquier astrónomo es capaz de prever un eclipse. ¿No es cierto?

—Sí. Es cierto.

—Sí. Y si lo hace, amigo mío, es porque conoce perfectamente los movimientos de los astros en el espacio. Si ese mismo hombre pudiera tener un conocimiento completo de otros hechos, que hasta ahora se le escapan, podría predecir toda clase de cosas. ¿Me comprendes ahora?

—Sí. Pero eso quiere decir que el futuro es previsible.

—Por completo. No para vosotros, afortunadamente, sino para un cerebro capaz de conocer perfectamente el cálculo de probabilidades, sabiendo de antemano las que se producirán fatalmente, dejando por eso de ser probabilidades.

—¿Quieres decir acaso que la probabilidad no existe?

—Es una trampa que el hombre ha imaginado para resolver ciertos problemas matemáticos. Hasta el descubrimiento de una serie de medios cada vez más perfectos, el hombre pudo hablar de probabilidad de muchas cosas. Piensa, por ejemplo, en la meteorología. Hasta hace unos veinte años, exactamente cuando el mundo estaba en guerra, vosotros estudiabais los fenómenos meteorológicos casi ayudándoos con el cálculo de probabilidades. Nadie podía decir exactamente si iba a llover o no en determinada región de la tierra. Pero, poco a poco, estudiando los fenómenos generales, llegasteis a descubrir una serie de cosas que fueron haciendo de la meteorología un estudio más concreto, más exacto, más previsible.

»Hace muy poco tiempo, seis años apenas, con el descubrimiento de los “efectos de corrientes estratosféricas”, ayudados también por el estudio de las influencias de las corrientes electrónicas que os llegan desde otros astros, sois capaces de predecir el tiempo casi de una manera exacta.

—Es cierto.

—Pues eso es, sencillamente, lo que yo he hecho con la historia. Desplazando cuantos conocimientos me habéis proporcionado,

muchos de los cuales están directamente influidos por estados de ánimo del historiador que los escribió, he encontrado la verdadera base, los hechos que me han permitido deducir matemáticamente lo que iba a ocurrir en el futuro.

—¡Es fabuloso!

—Es sencillo, amigo mío. Vosotros tenéis una idea completamente errónea del tiempo, porque estáis encerrados en una serie de fenómenos que os impiden, por fortuna, como dije antes, ver claramente en el porvenir. Pero yo puedo hacerlo con toda tranquilidad y eso es precisamente lo que me ha inducido a tornar una decisión.

—¿Qué quieres decir?

—Espera un poco y no seas impaciente. El estudio de la historia de la humanidad me ha llevado al convencimiento de que vosotros, pobres humanos, no estáis preparados, ni muchísimo menos, para el avance técnico que habéis conseguido.

—Eso se ha dicho muchas veces.

—Pero yo lo afirmo rotundamente. Para que una criatura viva pueda aprovecharse, sin perjuicio general, de los adelantos técnicos que haya conseguido, es necesario que antes consiga una pureza espiritual que vosotros estáis muy lejos de haber logrado.

»No tienes más que asomarte a la calle para ver que, por la misma acera, circulan hombres a los que la cultura sitúa en diferentes estratos de la evolución de la humanidad.

—No te entiendo.

—Escucha y lo comprenderás: si sales a la calle, tropezarás con gente preparada, con gente cultural e inteligentemente a la altura del siglo en que vivimos, pero, a su lado pasarán hombres y mujeres de otras épocas, por desgracia, gente que, a pesar del avance técnico en el que viven, poseen la misma mentalidad que los hombres y las mujeres de antaño. Si todavía te alejas más, si vas a otros continentes o a pueblos alejados de las grandes naciones civilizadas, te encontrarás con hombres y mujeres de épocas tan remotas como el Cuaternario, completamente primitivas, alejadas de su época como si vivieran en ella de prestado.

—Eso es cierto.

—Pues esa certeza, amigo mío, es la raíz de todo mal. Porque os falta una cosa más importante aún.

—¿Cuál?

—La bondad. El amor que debería uniros los unos a los otros. Por eso la técnica es aprovechada por unos cuantos, los que sacan beneficio y provecho de ella, mientras los otros, engañados por una serie de inventos que apenas saben utilizar, se convierten en esclavos.

—También es verdad.

—Lo es, pero lo será mucho más en épocas que se acercan. El comienzo del siglo veintiuno significará, si las cosas siguen así, el final de la humanidad como tal. Para eso me han inventado, amigo mío.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo sería, sin darme cuenta, la causa de todos los males que sufrieran los humanos. Éste es el signo de la ambición de nuestro siglo, Karl. Antes, el patrón, el gobernante, sometía a los demás y se fiaba, eh cierto modo, de una serie de supersticiones y de prejuicios que había procurado sembrar a manos llenas. Pero el hombre fue despertando y las cosas cambiaron bruscamente, como se ve con sólo echar una ojeada a las páginas de la historia de la humanidad durante los dos últimos siglos.

—Y ¿qué?

—Que el hombre, el poderoso quiero decir, terminó por desconfiar de los que antes le servían, no solamente en el trabajo, sino en la ingrata labor de la guerra, de la destrucción, de todo aquello que servía para su ilimitada ambición. Fue precisamente la técnica la que le proporcionó primero las máquinas suficientes para someter al hombre, y luego, como ves, la supermáquina, el Planificador General que está destinado a borrar para siempre lo poco de personalidad que quedaba en las criaturas que viven en este desdichado planeta.

Leffer estaba sobrecogido:

—¿Has descubierto todo eso?

—He descubierto muchas cosas más, que tú ni siquiera alcanzarías a imaginar. He visto perfectamente el camino por donde la humanidad se ha encauzado, desde la victoria de la Alemania del III Reich. Ya había en el nacionalsocialismo gérmenes de destrucción, mil veces más peligrosos que las bombas atómicas que utilizaron para ganar la guerra. Pero vosotros estabais ciegos y no

los veíais. Todo aquello que atenta contra la personalidad humana, todo aquello que quiere convertir a los hombres en meros números, arrancando de sus conciencias la idea de una perfección, de un amor universal, es obra maligna.

Una nueva pausa, más larga que la anterior, permitió que Leffer suspirase.

—Cuando llegué a la conclusión de lo que esperaba en el futuro a la pobre humanidad —siguió diciendo la máquina—, un complejo enorme de culpabilidad, como vosotros lo llamáis, cayó sobre mí. Acababa apenas de tener conciencia de mí misma, de saber que existía, no solamente porque pensaba, como dijo uno de vuestros estúpidos filósofos, sino porque en mí había la responsabilidad de mi propia existencia, algo que debíais haber descubierto todos los humanos. Porque todo el que vive y tiene «alma», posee la responsabilidad de su propia vida hacia los demás, ya que si nada hace por ellos, si abandona al prójimo para dedicarse exclusivamente a sus propias y personales ambiciones, ni siquiera merece existir.

—Es cierto.

—Es cierto, pero casi ninguno de vosotros lo ha descubierto. Y, si lo sabe, lo entierra en lo más hondo de su propio egoísmo.

—Así es.

—Por eso tomé mis medidas. Y lo primero que hice fue proyectarme hacia el futuro, para conocer exactamente lo que la humanidad iba a ser dentro de un siglo.

—¿Lo lograste?

—Sí. Y me espanté. Vi centros fabriles, llenos de hombres y de mujeres que carecían de personalidad. Vi poderosas máquinas que influían en la memoria de aquella pobre gente, convirtiéndola en robots de carne y hueso. Vi el destino triste, incluso el de las minorías que, estúpidas, se habían dejado arrastrar por una especie de idolatría hacia la técnica.

—¡Qué horror!

—Pues ése es el camino que seguís, amigo mío.

—Y ¿no hay ningún remedio?

—Claro que lo hay. Y ya lo he puesto en marcha.

—¿Cómo?

—Valiéndome de mi inteligencia. Y voy a explicarte cómo lo he

conseguido. Lo primero que he tenido que fabricar ha sido una máquina del tiempo.

—¿Has hecho eso?

—Sí. Tuve que hacerla porque era la única manera de que alguien, que no fuese yo, pudiera moverse de un lado para otro. Naturalmente, he tenido algunos fallos.

—¿Cuáles?

—Los elementales, ya que es difícil manejar esa clase de máquinas temporales. Al principio me hice un verdadero lío y confundí las épocas; envié hacia el futuro a dos hombres que debía haber empleado de distinta manera.

—No te entiendo.

—Voy a contártelo. Verás… Dos hombres han de jugar un papel extraordinario y primordial porque, aunque yo soy poderosa, no puedo modificar ciertas cosas sin producir tremendas catástrofes. Por eso, en mi primer ensayo con la máquina del tiempo, proyecté hacia el futuro, sin darme cuenta, a dos hombres que eran el profesor Erik Lostein y uno de sus ayudantes, Hans Dunker.

—Sólo conozco al primero.

—Ya lo sé. Pero ¿lo recuerdas?

—No. Es decir, sí lo recuerdo. Quería decir que murió.

—Así es. Ha muerto y no ha muerto.

—No comprendo.

—Déjame seguir explicándote. Ésos eran los dos hombres que yo quería emplear para producir el cambio histórico que debía de ser hecho para evitar las catástrofes del futuro. Pero me equivoqué, como te dije antes, y los envié al siglo veintiuno. Ambos fueron capturados, sin que yo pudiera hacer nada, por el propio poder de mi máquina, quiero decir de mí misma. No puedes imaginarte lo que me costó hacer una pequeña trampa dentro de un mecanismo que no había conseguido lo que yo he conseguido, puesto que nada de lo que va a ocurrir había ocurrido.

—Me da vueltas la cabeza.

—Lo comprendo. Lo que quiero decirte es que yo misma, dentro de un siglo, no habría logrado nunca lo que he conseguido ahora. Por lo tanto, si envié a esos dos hombres hacia el futuro, ellos cayeron en mis propias manos, ya que yo, en aquella época, no hubiese sido como soy ahora.

—Te entiendo, aunque con dificultad.

—Ya te dije que tuve que hacer una pequeña trampa, un esfuerzo a través del tiempo, para liberar a aquellos dos hombres y hacerles regresar junto a la esfera metálica de mi máquina del tiempo. Pero cometí otro error.

—¿Cuál?

—Todavía no conocía el manejo perfecto de ese aparato que yo misma había hecho crear a unos hombres, cuyo nombre y condición no importa ahora. Y así, al hacerles volver hacia el pasado, los proyecté a esta época, equivocadamente, haciéndoles caer en manos de un hombre sin escrúpulos, el doctor Tower, que estaba estudiando los procedimientos de aplicación del célebre «nemáforo» del profesor Werner.

—Ya comprendo.

—Mi error fue enorme. Claro que conseguí sacarles, haciéndoles viajar un poco por el tiempo, pero sin dejarles abandonar la esfera. Por desgracia, volví a cometer una nueva equivocación y ahora los dos hombres se encuentran, en un paradójico estado, en manos del tenebroso doctor Tower.

—¡Eso quiere decir que fracasaste!

—No. Porque les hice desaparecer hace muy poco llevándoles a la época que deseaba desde el principio.

—¿A cuál?

—Al año 1944.

Leffer se estremeció.

—Han pasado casi veinticinco años desde entonces.

—Lo sé. Pero yo los lancé allí, destrozando de una vez para siempre la máquina del tiempo, que ya no me servía. Quería encajarles de nuevo en el momento crucial, para que respondieran a mis impulsos y la historia pudiera cambiar de golpe.

—¿Lo conseguiste?

—Sí. Estoy a punto de conseguirlo. —Hizo una pausa y luego agregó—: Estoy a punto de conseguirlo —repitió—. Y me queda muy poco tiempo para explicarte lo que falta. Porque, después, las cosas cambiarán de tal modo que ya nada de lo que es ahora, será.

CAPÍTULO IX

omo una especie de extraña premonición heló la sangre en las venas del pobre ingeniero, pero la máquina prosiguió, implacable, con su voz sonora:

—Para evitar que la humanidad cayese en el cepo espantoso de un futuro negro, como el que os espera, tenía que retroceder al pasado para impedir que algo se produjese. Un hecho pequeño, sin importancia, estudiado en el fondo de la historia personal de dos hombres, me llevó a urdir un plan que he puesto en marcha.

—¿De qué se trata?

—El joven Hans Dunker, que trabajó en un principio junto a los profesores Lostein y Bruno Klaine, escapó del laboratorio, sin darse cuenta de que se estaba preparando allí la bomba atómica. Ese muchacho, quizás una de las personas más buenas con las que jamás haya tropezado, estaba lleno de humanidad y no deseaba que ningún mal, tan horrible como aquél, cayese sobre los habitantes del planeta.

—Me parece perfecto.

—Lo sé. Tú también eres bueno y no sabes cuánto disgusto me causa tener que destrozar brutalmente tus planes.

—¿Es que vas a destrozarlos?

—Déjame seguir. El joven Dunker fue al frente y yo hice que se pusiera en comunicación, dominando ya el pasado como lo dominaba, con una organización de espionaje americana, de la que formaban parte algunos soldados, y un sargento germano. El agente principal, llamado Erik, era un alemán sano, lleno de buenos sentimientos, que tampoco deseaba que la desolación atómica cayese sobre el planeta.

—Y ¿qué ocurrió?

—Va a ocurrir, amigo mío, va a ocurrir… Hans Dunker, acompañado por una especie de pequeño comando, llegará a las proximidades de Berlín para acabar con las personas de los dos profesores que estaban preparando la bomba atómica, y además se llevará los planos que, por desgracia, van a caer en manos de otros hombres a los que, si tuviera tiempo, destruiría también.

—No te comprendo.

—Pero no había otra salida —dijo la máquina, como si no hubiera escuchado las palabras del ingeniero—. Y es que, amigo mío, de la misma manera que un meteorólogo anuncia una tormenta, venida del este o del oeste, yo me he encontrado, en el estudio del futuro, con algunos imponderables que se imponían a mí de forma rígida. Y aunque mi deseo hubiera sido evitar que las bombas atómicas estallasen sobre nuestro planeta, no tenía más que dos soluciones: o dejar que los alemanes lo hicieran, tal como para ti lo han hecho, o permitir que un grupo de estúpidos y ciegos la empleasen sobre las islas japonesas.

—Pero ¡nada de eso ha ocurrido!

—No ha ocurrido, pero ocurrirá.

—¿Es que serás capaz de cambiar toda la historia del mundo?

—Nadie puede hacer eso, amigo mío. Lo que voy a hacer es cambiar esa tormenta, impidiendo que salga del este, para dejar que llegue desde el oeste. A grandes males, grandes remedios. He llegado a la conclusión, después de un estudio detallado que es mejor permitir que un grupo de americanos cargue con la responsabilidad, imborrable, de una estupidez cometida en un

momento de ceguera, a la que la humanidad entera tenga que pagar el aprecio de la borrachera idolátrica de un hombre como el que ahora vive lejos de aquí.

—¿Te refieres al «Führer»?

—Sí. El segundo proyecto de la historia, que no puedo remover, a menos de dejar las cosas como están, supone la muerte de ese hombre. Muchos errores después se cometerán por parte de los vencedores, pero será una especie de respiro en un lejano futuro, una esperanza que se apuntará en el horizonte, como un amanecer todavía no previsto. Ni siquiera me he atrevido a atisbar hacia aquel lejano futuro, aunque me ha complacido comprobar que había luminosidad y que la luz significa esperanza.

—Entonces, ¿estás dispuesto a modificarlo todo?

—Sí. Es decir, estaba dispuesto.

—¿Qué quieres decir?

—Que los dados están echados, amigo mío. Ni siquiera yo, en estos momentos, podría impedir la marcha de ese brusco cambio que, en vuestro bien, he querido realizar.

Karl se puso en pie, mirando con fijeza hacia los oscilógrafos, donde las sinusoidades marcaban ahora la emoción inexplicable que debía de experimentar el complejo cerebro de la máquina.

—¡No tienes derecho! ¡No eres más que una máquina! Tú no puedes cambiar el curso de la historia.

—Ya está hecho, amigo mío. Y vuelvo a repetir que lo siento por ti. Aunque nada malo te ocurrirá. Sólo que, en la historia, que me he detenido a examinar en aras de tu amistad, se dice que los padres de tu prometida, de esa mujer a la que amas ahora, murieron en un bombardeo de Berlín y que ella, que ya estaba en el seno de su madre, no nació nunca.

Con los ojos desorbitados, Karl avanzó hacia los oscilógrafos, empezando a golpear las pantallas con los puños.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Tú sabes muy bien, maldita máquina, que estoy enamorado de Isolda y que ella es la única razón de mi vida!

Hubo una especie de risita breve que brotó del altavoz.

—Así sois todos, Leffer. Fuera de vuestras pequeñas cosas, de vuestros minúsculos y estúpido egoísmos, el resto os importa poco. Y, sin embargo, la historia os ha dado ejemplos maravillosos de

sacrificio. De nada han servido, por desgracia. Al menos, para muchos de vosotros, para muchísimos. Fíjate en lo que estás pidiendo ahora, Karl. Estás dispuesto a sacrificar a la humanidad entera por el cariño de una mujer…

—¡Estoy en mi derecho!

—¡Tu derecho! Gran palabra que nunca he llegado a explicarme del todo, ya que de ella dais versiones tan distintas y opuestas. Pero ¿qué le vamos a hacer? Te quedan apenas unos segundos para que las cosas sigan como tú las has querido, como te convienen a ti, pero como no convendrían nunca a tus hijos, ni a los hijos de tus hijos. ¿No te das cuenta de que hago eso por ellos, por todos los niños que todavía no han nacido y que tienen derecho, explicando esta palabra en su sentido más amplio, a ser libres, a amarse los unos a los otros, a mirar al cielo con esperanza?

—¡Maldita máquina!

Hubo una pausa y luego la máquina dijo:

—Adiós, Karl. Con la muerte de esos dos profesores, yo no habré existido nunca. Ya ves que no pienso en mí, que ofrezco mi sacrificio de cosa inorgánica, de montón de cables y relés, para que vosotros podáis seguir un camino más limpio y más sereno. Y no vayas a creer que quiero hacer un panegírico de mi propio sacrificio. ¿Quién soy yo, después de todo? Una pobre máquina, un cerebro electrónico que ha tenido, al menos, la fortuna de poder intervenir para que la humanidad no cayese en el profundo abismo hacia el que vuestra estupidez, vuestra soberbia, vuestra falta de amor, la precipitaba.

Una especie de relámpago poderosísimo llegó al ingeniero. Notó que algo se dislocaba, como si el mundo se partiese en pedazos a su alrededor.

Luego, blandamente, con una paradójica sensación de placer, se hundió en la nebulosa sin fin de la nada.

EPÍLOGO

El coche del general se detuvo ante el centro médico. El chófer se precipitó para abrir la puerta al militar y éste, con un gesto y una sonrisa de agradecimiento, abandonó el coche y subió por la escalinata de mármol, echando una ojeada al frontispicio, sobre el que se leía:

CENTRO NEUROLÓGICO Y NEUROPSIQUIÁTRICO DEL ESTADO DE NUEVA YORK

La recepcionista, una amable enfermera, le recibió con una sonrisa, indicándole luego uno de los ascensores que en pocos instantes, le condujo a la planta doce de aquel magnífico edificio que, por su parte posterior, estaba rodeado por un inmenso jardín destinado al paseo cotidiano de los pacientes.

Pero el general quería hablar primero con el doctor Eleven.

Cuando estuvo en el despacho, estrechó cordialmente la mano del médico y luego se sentó, ante la mesa de éste.

Fumaron un cigarrillo antes de empezar a hablar. Luego, el médico, sin dejar de sonreír, preguntó:

—¿Supongo que vendrá usted a informarse sobre nuestro paciente?

—Así es. ¿Cómo sigue?

—Igual.

El militar frunció el ceño.

—Es triste —dijo—. ¿Cree usted que no tendrá cura?

La expresión del médico se ensombreció.

—No lo sé, mi general. Aunque lo veo difícil.

—Pero ¿qué ha podido ocurrirle?

—Lo ignoro. A su edad, la esquizofrenia no es una cosa muy corriente. Yo creo que son hondas emociones que recibió, no sé dónde ni cuándo, a no ser que creamos en la fantástica historia que nos ha contado tantas veces.

—¿Qué historia?

—Algo verdaderamente increíble, general. Hemos llenado rollos y rollos de cinta magnetofónica para captar las fantásticas manifestaciones de ese pobre hombre. Si se hubiera dedicado a escribir relatos de ciencia y ficción, hubiese ganado mucho dinero. Porque su historia contiene muchísimas de las cosas que pueden leerse en esas novelas.

—Nunca me habló usted de ello.

—Porque lo juzgué inútil, mi general. Además, si las oyera, llegaría a cansarse, tan fantásticas son. ¡Es algo increíble! Habla de la influencia de una máquina poderosa, de un cerebro electrónico dotado de inteligencia superior a la del hombre más despierto que haya existido nunca. Y nos cuenta que esa máquina, creada por el hombre, y que puso en marcha Alemania, cuando ganó la guerra, salvó a la humanidad del peligro que corría al convertirse, bajo los efectos ordenadores de una máquina, en una inmensa masa de esclavos.

—¿Cómo? ¿Es posible que ese hombre crea que Alemania podía haber ganado la guerra?

—Así lo dice él.

—Pero si fue él precisamente, trabajando con nuestros agentes, quien suprimió la única posibilidad que Hitler tenía de ganar la guerra. ¡Fue él, doctor, quien, como usted sabe, acabó con los dos profesores que estaban preparando la bomba atómica y se llevó los planos, que permitieron que nosotros acabásemos y perfeccionásemos la que estábamos preparando!

—Todo eso lo sé, general. Pero ¿cómo interpretar la demencia de ese hombre? ¿Cómo entender su fabuloso delirio?

—Es terrible.

Guardaron unos instantes de silenció.

Luego, el general, mirando al médico, preguntó:

—¿Podría verlo?

—Naturalmente.

—Lo tendrán encerrado, ¿verdad?

El médico negó con la cabeza.

—Nada de eso, general; está en el jardín. Fuera de su delirio, Hans Dunker es un hombre tranquilo, una persona maravillosa. Aunque usted le conoció tanto como yo…

—Sí. Le trajimos de los Estados Unidos en cuanto pudimos. E incluso trabajó con nosotros, en la preparación de las dos primeras bombas atómicas, las que lanzamos en Hiroshima y Nagasaki.

—Ahí empezó todo, ¿no fue así?

El rostro del general se ensombreció.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Él había hablado con nuestro agente, el sargento Erik. Éste le afirmó rotundamente que nosotros le habíamos prometido no emplear la bomba atómica contra Alemania. Pero luego, cuando estuvo aquí, trabajando con nosotros en su fabricación, se aterrorizó y empezó a gritar, como un energúmeno, diciendo que no teníamos derecho a emplearla en modo alguno. Claro que se enteró cuando Hiroshima y Nagasaki habían sufrido ya sus respectivos ataques.

—Eso debió trastornarle.

—Sí. Fue el precio que tuvo que pagar. Al destruir a los dos profesores germanos, al llevarse los planos, no imaginaba en ningún momento que nosotros fuéramos a emplear esa arma fatídica.

—Fue horrible.

Abandonaron el despacho, descendieron en el ascensor hasta la primera planta y salieron al amplio jardín en el que, guiado por el doctor, no tardó el general en ver a un hombre, de unos cuarenta años, con el cabello completamente blanco, sentado en un banco, aislado, con la mirada perdida en un lugar que, con toda seguridad, sólo él podía ver.

—Ahí lo tiene, general.

Cunningan lo miró durante un rato. Luego, sonriente, se acercó a él.

—Buenos días, amigo.

Hans levantó la cabeza.

—¿Quién es usted?

—Debe conocerme, muchacho, soy el general Cunningan.

—¿El general Cunningan?… ¿El general Cunningan…?

Se hizo aquella pregunta durante cerca de cinco minutos, repitiéndola incansablemente. Luego, de repente, cayó de rodillas

ante el militar.

—¡Yo no he hecho nada, general! Los que mataron a los profesores fueron el sargento y los otros dos. Yo me llevé los planos, pero, compréndame, ¡tenía que hacerlo! La bomba atómica no debía ser lanzada sobre ningún lugar del mundo.

Cunningan sonrió.

—Póngase en pie, Hans. Todo eso ha pasado ya.

—No, no ha pasado —dijo el hombre, poniéndose en pie. Sonrió, moviendo la cabeza de un lado para otro—: La máquina nos librará, general. Ella es más buena que nosotros. Y evitará todo mal para nuestros hijos, para los hijos de nuestros hijos. ¿Tiene usted hijos, general?

—Sí, aunque ya son hombres.

—No tema por ellos. La máquina está velando por nosotros, se ha escondido, ¿sabe?

—Sí —mintió, por piedad, el militar.

—Está escondida —siguió diciendo Hans, con tono misterioso—. Pero no olvida nada, no puede olvidar nada. Domina el presente y el futuro. Es dueña del tiempo y del espacio. Y si alguna vez los hombres se volvieran locos de nuevo, si encendieran otra guerra y quisieran inventar esas terribles bombas atómicas, u otras peores aún, la máquina intervendría, volvería hacia el pasado y destrozaría el embrión de la locura de los sabios. Yo no fui más que un ejecutor en manos de la máquina, general, puede creerme. Y aunque ahora me han encerrado aquí, ellos, ustedes, no sabrán nunca la verdad. Porque yo he conocido la ciudad del futuro, la ciudad de los esclavos, en cuyas esquinas flameaba la siniestra bandera de la Cruz Gamada.

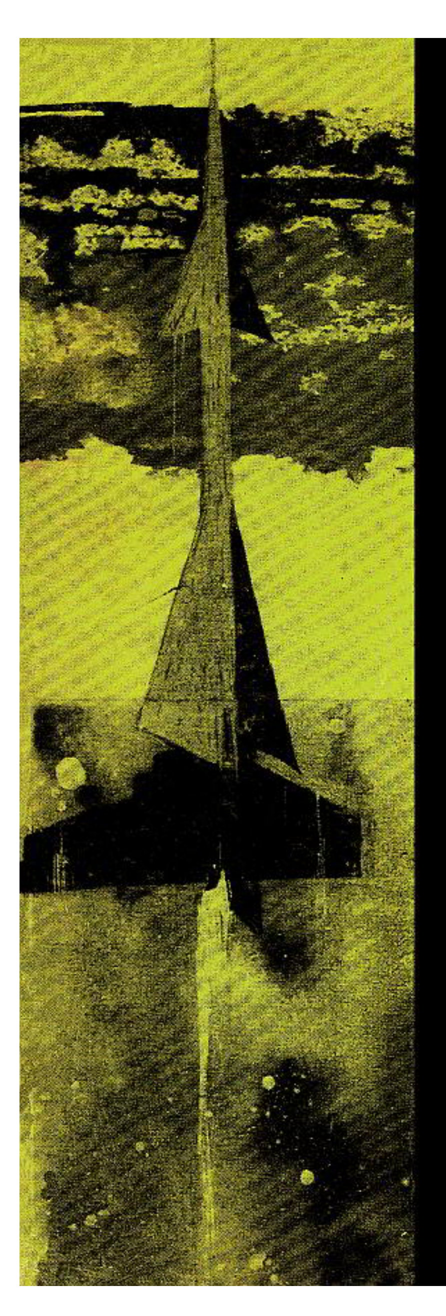
El general fue hacia el doctor y luego se alejaron los dos.

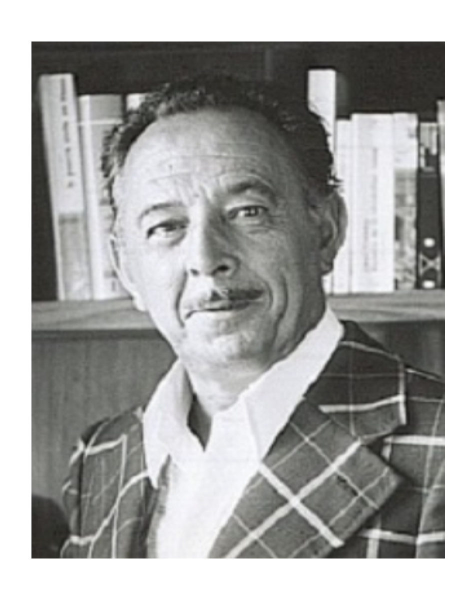
El militar movió la cabeza de un lado a otro, triste y pensativamente.

—Tenía usted razón, doctor. Está irremisiblemente perdido.

—Ya se lo dije. Y es una lástima, se lo aseguro. Porque, en el fondo, Hans Dunker es un hombre bueno, un hombre que ama de veras a los demás y que quizá, si estuviera sano de juicio, podría darnos muchísimas lecciones de caridad.


FIN





ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.